



Cuentos de niños para niños

Cuentos ganadores del 1er Concurso Infantil y Juvenil de Cuento





INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: JAVIER SANTIAGO CASTILLO
Consejeros electorales: BERNARDO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO
MARÍA ELENA HOMS TIRADO
EDUARDO R. HUCHIM MAY
RUBÉN LARA LEÓN
ROSA MARÍA MIRÓN LINCE
JUAN FRANCISCO REYES DEL CAMPILLO LONA

Secretario ejecutivo: ADOLFO RIVA PALACIO NERI

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: ERNESTO HERRERA TOVAR
Suplente: RAÚL HERRERA ESPINOSA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: JUAN MANUEL VICARIO ROSAS

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: JUAN GONZÁLEZ ROMERO
Suplente: FELIPE PÉREZ ACEVEDO

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ADRIÁN PEDRO CORTES

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: JORGE LEGORRETA ORDORICA
Suplente: ZULY FERIA VALENCIA

CONVERGENCIA

Propietario: ARMANDO LEVY AGUIRRE
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA

Propietario: JESÚS ENRIQUE DÍAZ INFANTE CHAPA
Suplente: MIGUEL ÁNGEL ARNAIZ MANCEBO DEL CASTILLO

PARTIDO ALTERNATIVA SOCIALDEMÓCRATA Y CAMPESINA

Propietario: CARLA ALEJANDRA SANCHEZ ARMAS GARCÍA
Suplente: SALVADOR GONZÁLEZ BRISEÑO



Cuentos de niños para niños

Cuentos ganadores del 1er Concurso Infantil y Juvenil de Cuento

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral ROSA MARÍA MIRÓN LINCE

INTEGRANTES

Consejero electoral BERNARDO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

Consejera electoral MARÍA ELENA HOMS TIRADO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

YOLANDA LEÓN MANRÍQUEZ, directora ejecutiva

Coordinación general: Cecilia Rivadeneyra Pasquel, directora de Difusión y Producción de Materiales

Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales

Ilustración de portada, diseño y formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Ilustración: Beatriz Stellino

Autores: Luz Elena Villanueva Santana, Arturo Castro Sánchez, Cynthia Milagros Custodio Mendoza, Juan José Lluhí Tamés, Simone Bucio Dovalí, Rebeca Marichalar Quezada, Fátima Adaliz Sánchez Trejo, Marisela Espino del Castillo Saviñón y Juan Manuel Rivero.

D.R. ©Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, diciembre de 2005

ISBN: 970-786-014-6

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Índice

Primera categoría

Una mandona, todas mandadas, 7
La igualdad construye la felicidad, 17
En la escuela, 37

Segunda categoría

La publicación de Sofía, 51
Cuando la democracia tocó la puerta de mi casa, 71
Mi hermano Joaquín, 83

Tercera categoría

La historia de mi vida, 97
Locos sin remedio, 115
Fideo seco, 135

Una
mandona,
todas
mandadas

Luz
Elena
Villanueva
Santana

Primera categoría, primer lugar



Hola, soy Luz Elena, para más corto: Luz.
La vida es muy difícil para ser una niña de nueve años e ir en cuarto de primaria. Claro, por eso, lean este cuento que es un relato de mi vida, en donde lo más difícil es tener que soportar a las mandonas como Cecilia.

La presentación

(Acompañada de dibujos, que luego les paso.)

Ésta soy yo, y aquí les va un dibujo de mí.

Ésta es una de mis amigas, Miranda. Mandona, pero buena.

Ésta es Didí, y es mandada. En realidad es mi mejor amiga y yo de ella, pero Didí no lo sabe.

Ésta es Kay. Es chinita y es mi amiga, pero no puedo contarles mucho de ella porque tiene neumonía y está en el hospital. ¿Pobre, no?

Ésta es Soco, otra amiga, pero dice sus mentirijillas.

Ésta es mi querida hermana menor, Susi. Es un poco mandoncita y, además, ladra.

Éste es Fernando, mi querido amor (pero en secreto). Su signo es Leo y le gusto.

Ésta es Paloma, la rechazada del salón, pero no crean que sale mucho en este cuento.

Esta tipa es Cecilia, la hipermandona de quien les hablé.

Esta niña es la mandada de Cecilia, a la que no deja ni elegir el sabor de sus papas. Se llama Dany.

Capítulo I. La mandona

Como les decía, la mandona siempre quiere mandar. No deja que elijan las personas, aunque sean mayoría. En realidad lo hace por

enojo, o por causar envidia, o porque sí...

“¡Coomper, quítate!” es una de sus típicas frases. Aparte que Cecilia camina como si tuviera tacones. Y, ¿por qué quiere tacones? No crean que es sólo para verse bien, sino para verse más y más mandona, y para que los demás sean más y más mandados, y se junten más y más con ella.

Otro ejemplo: Cecilia agita mucho su cabello, y lo hace porque ¡tiene poco cabello! Pero con esto se siente más segura y así no va a estar sola.

Un día a mí se me iba a caer un diente y le dije a Miranda que yo los coleccionaba. (Ni mais que un ratón entre a mi cuarto.) Cecilia lo escuchó y dijo:

—¡Uy! ¿coleccionas dientes y que se te pudran?, ¡qué feo!

Y lo hace porque ella no los colecciona y sus dientes no son de marfil. (Puede que a ella se le pudran, pero a mí no.)

Y siempre Cecilia hace cara de fuchi. ¿Por qué? Porque no es feliz con su vida. Sólo sonrío cuando manda. Y murmura enfrente de mí y de otras personas y, ¿por qué? Para hacerte sentir mal y que pienses que están hablando mal de ti.

Y cuando la miss va muy rápido y va a borrar, Cecilia dice: “¡Ay, miss!, no lo borre, por su alumna favorita”. Y lo hace para que crean que ella es la alumna favorita.

Y cuando ensayamos para algún festival ella dice: “¡Ay, Luz! Bailas muy feo”. Y es porque ella

baila peor y tiene celos. Y en el recreo me saca la lengua. Y lo hace porque cree que soy doctora y reviso lenguas para curar.

Ja, ja. Es broma. Lo hace por celos, también.

Capítulo II. La mandada

Como decía, la mandada es la que siempre obedece a la mandona. Este tipo de niñas tampoco son felices, ¿por qué?

Pues, ¿cómo te sentirías si Cecilia te mandara?

En primer lugar Cecilia te diría cuándo quiere comer y jugar contigo y cuándo no y, ¡arréglatelas! ¿Es esto democrático? (palabra nueva que aprendí en civismo).

Pues no.

En realidad las mandadas también molestan, pero en forma diferente. Ejemplo: Cecilia me molesta por lo de los dientes y Dany lo festeja. Cuando Cecilia quiere otro caramelo, manda a Dany a pedirselo a la maestra. “Claro, Cecilia, ya voy”, dice Dany. ¿Acaso es justo que reciba un caramelo más? Tal vez, pero, ¿sin ni siquiera tomarse la molestia de pedirlo?

Yo creo que Dany se junta con Cecilia porque se siente más segura de que ésta la mande.

En realidad la odia.

Y si pudiera le reclamaría, pero, ¿qué pasaría si nadie la mandara? Pues tendría que aprender a estar sola y pensar, o buscarse otra mandona, aunque no fuera de su salón. Y esto es lo más gracioso. Cecilia aparte de mandar a Dany, manda a Miranda, que es mandona. Una mandona mandando a otra mandona y todas calladitas. Lo veo y no lo creo...

Dany hace muchas cosas cosas por Cecilia, como cargar sus cuadernos, y caminar atrás de ella. Se debe sentir como una prisionera.

Es como no tener tu libertad y estar lavando pisos encerrada en una cárcel, mientras Cecilia vive como una reina con joyas. Y lo que pasa es que en el “mundo real” Dany le tiene celos a Cecilia.

Lo digo porque yo ya he vivido eso muchos años atrás, cuando tenía siete, y me hice una amiga: Perla, que me mandaba y yo era su Dany. Pero ser mandada deja una lección y es que uno puede ser fuerte y apoyarse en otras buenas personas para que la mandona se calme.

Y si creen que no están mal las mandonas y las mandadas, que les hagan un examen de amistad y seguro sacarán cero.

Capítulo III. Humanos y animales

Como estaba relatando, a las personas buenas y malas podemos compararlas con animales, con sus cualidades y defectos.

Por ejemplo, Cecilia sería una cucaracha grande, agria y fea. Dany sería una hormiga, por ser mandada. Miranda sería un ornitorrinco, que toma diversas formas, según le acomode. Didí sería una conejita en su jaula, encerrada con sus zanahorias y sin personalidad. Fernando sería un león por valiente, pues una vez enfrentó a Cecilia y le dijo que en el día de brujas ya no tenía que disfrazarse. Y yo sería una ardilla, que va y viene observándolo todo, tomando mis propias decisiones y pensando las cosas para no caer con las mandonas ni con las mandadas.

Las ardillas como yo bajan al recreo y toman una mesa y permiten que cualquier niño o niña se siente para comer. Así escuchamos a todos. A veces compartimos cacahuates, a veces convencemos al grupo de jugar cierto juego y otras veces dejamos a otros elegir, si la mayoría está de acuerdo.

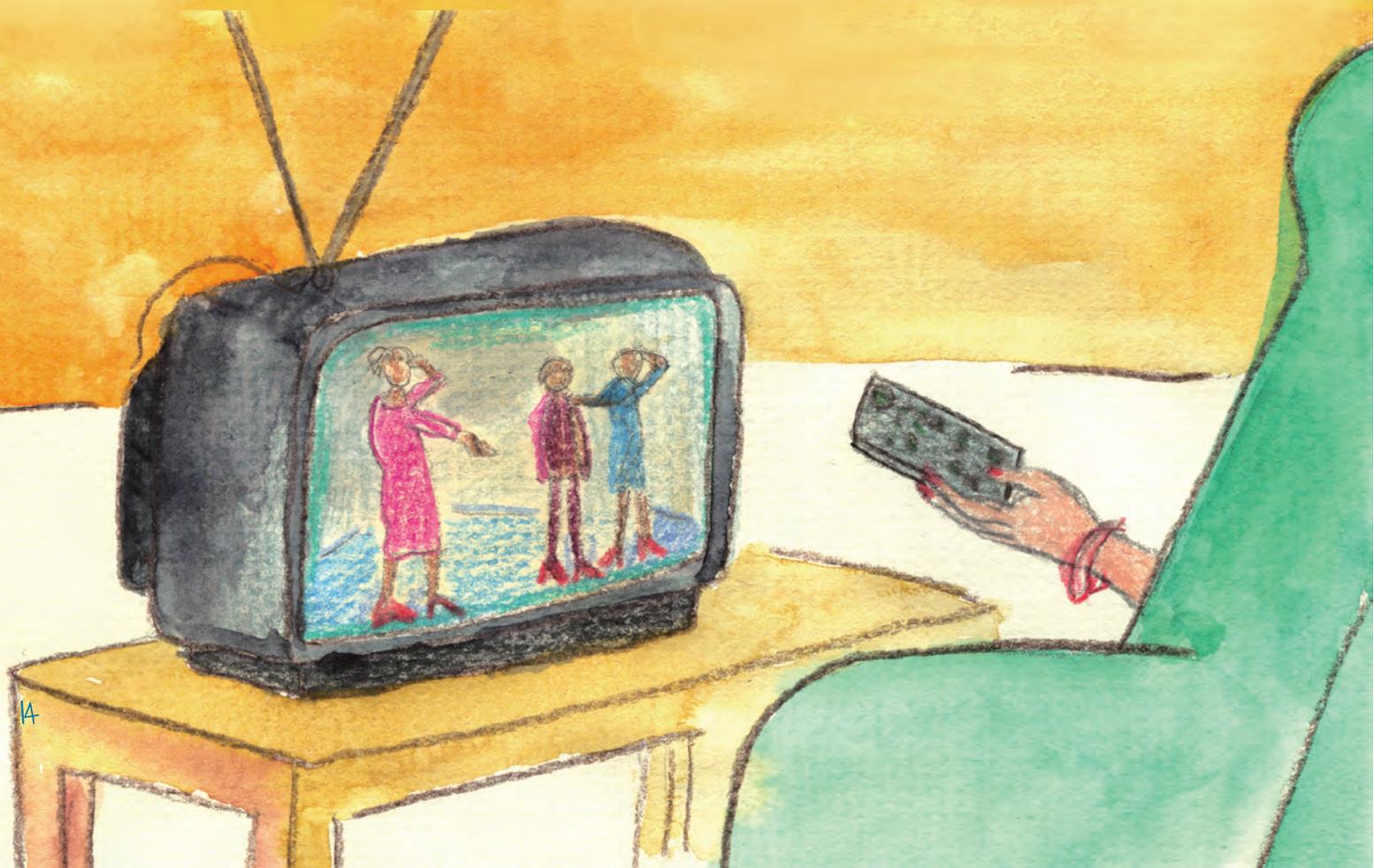


Capítulo IV. Es culpa de las telenovelas (o *tenevelas*, como a mí me gusta decir)

Como decía, Cecilia y Daniela se portan mal, ¿por qué? Porque ven telenovelas, y si imitas a las malas, pues te ves igual que ellas.

Además, ¿saben qué? No es cierto que los niños inviten a las niñas y les pidan besos, y tampoco es normal que la gente ande por ahí insultándose o diciendo “yo mando”, y otra “no, yo mando”, y así... Tampoco es cierto que uno vaya a la escuela con esas ropas dizque *cool*.

Aparte, hay temas privados. Imagina que alguien te pregunta: “¿Quién te gusta?” Y tú: “Nadie”.



“ ¡Te gusta alguien, no inventes!” ¿Nos tiene que gustar alguien desde kinder?

Por eso no es bueno imitar a las telenovelas. Las personas que están ahí son actores que trabajan para ganar su lana y ya.

Capítulo V. La despedida

Me encantó mucho platicar contigo. Espero que te haya gustado este cuento. Mi mamá dice que trata de la democracia. Yo digo que más bien trata de cómo es feo cuando no hay democracia y alguien te manda en mal plan y porque sí.

Tengo algunos ejemplos de adultos que se portan como Cecilia, pero ya no hay mucho espacio para que te los cuente. Tener más años no siempre significa crecer.

Y tú, ¿quieres crecer? Pues piensa en los demás y escucha a los demás. Ese es el consejo que te doy.

Nota: Para no ofender a nadie, todos los nombres, menos el mío, han sido inventados.

La
igualdad
construye
la
felicidad

Arturo
Castro
Sánchez

Primera categoría, segundo lugar



En un planeta muy lejano llamado Alienlandia vivían unos hermanos aliens que habían nacido al mismo tiempo por lo que eran cuates. Primero nació Izzy que era un niño y después nació una niña llamada Izzay. Ambos contaban con la edad de diez años.

En ese planeta el color de la piel era verde limón y uno de los cuates era diferente. Era Izzay la que tenía el color de piel diferente, ya que su piel era de color carne. Por esa razón la trataban mal en la escuela, los maestros no le ponían la calificación que merecía, en el recreo nadie jugaba con ella, ni su hermano Izzy que sí tenía la piel del color normal en su planeta. Por esa razón él no convivía con su hermana ya que sus compañeros y amigos lo amenazaban si él le hablaba o jugaba con ella.

Unas aliens llamadas Dizzy y Dizzay eran las que más ofendían a Izzay por no ser una alien normal. Un día ellas se metieron a una página de Internet y pusieron un mensaje en el que ofrecían a Izzay por ser una alien rara para que fuera exhibida en algún circo o museo de cosas raras y extrañas.

Después de algunos días un alien buscó a Dizzy y Dizzay para que le vendieran a Izzay. Quería llevársela a un circo y exhibirla como cosa rara. Ellas aceptaron. Al día siguiente, en la escuela, ellas convencieron a Izzay de que fuera con ellas a su casa, donde se la iban a entregar al alien. Ella aceptó ir

con ellas, y cuando llegaron a la casa, Dizzy le ofreció un refresco al que le había puesto una pastilla para dormir. Sin saber nada Izzay se tomó todo el refresco pues era una persona amigable y nunca desconfiaba de la gente. Después de un rato se durmió, e inmediatamente la metieron en un saco y se la entregaron al alien del circo. Éste, a su vez, les entregó la cantidad de dinero que habían acordado por ella.

Cuando Izzay despertó se dio cuenta de que estaba en un cuarto oscuro que ella no conocía. Le dolía la cabeza y se preguntaba qué era ese lugar, dónde estaba y por qué no estaban Dizzy y Dizzay. No tardó mucho tiempo en enterarse de dónde se encontraba ya que llegó a verla un alien que ella no conocía y le dijo:

—Estás en el circo de cosas raras y extraordinarias, aquí vas a trabajar para toda tu vida. Me tienes que obedecer en todo y hacer lo que yo te diga. En poco tiempo va a iniciar el espectáculo, por lo que tienes que vestirme con esta ropa que yo te estoy dando.

Izzay le respondió:

—¿Dónde están mis papás y mi hermano? No haré lo que usted me pide hasta que estén aquí mis padres.

Y el alien le lanzó una cachetada. La pobre niña empezó a llorar. Tuvo que hacer lo que el alien le pedía. Su trabajo en el circo era estar encadenada de las manos y de los pies, en un cuarto oscuro y lleno de mugre. La gente pasaba y se burlaba de ella porque era rara.

Mientras tanto sus padres estaban muy preocupados por Izzay. No sabían nada de ella. Lo único que pudieron investigar fue que había ido a la casa de Dizzy y Dizzay. Fueron a la casa de ellas a preguntar por su hija, pero ellas les dijeron que sí había estado ahí pero que se había retirado temprano porque, según les había di-



cho, tenía que hacer la tarea y regresar temprano a su casa. Dijeron que no sabían nada más de ella, y los padres de Izzay les creyeron y se retiraron, pero empezaron a buscarla por todas partes sin encontrarla. Inclusive le preguntaron a Izzy, su hermano, quien les dijo que él no sabía nada de su hermana y que él no tenía por qué estarla cuidando y que no le interesaba lo que le sucediera puesto que ella no le importaba. También dijo que si se perdía y nunca regresaba era mejor ya que siempre lo avergonzaba en la escuela y nadie quería ser su amigo por tener una hermana rara.

Sus padres le dijeron que no tenía por qué ser así ya que Izzay era su hermana y lo que debería

hacer por ella era quererla y respetarla como ella era. Le dijeron que, si su color de piel era diferente, ella no tenía la culpa de haber nacido así, y que no les debería hacer caso a las personas que ponían condiciones para ser sus amigos porque la amistad debe ser sincera y sin condiciones y no debe marcar diferencias entre la gente: si se es pobre o rico, feo o guapo, alto o chaparro, no importa, el caso es que todos se deben tratar igual, sin hacer diferencias entre unos y otros. Finalmente, sus padres lo castigaron por ser tan malo con su hermana y no estar preocupado por ella.

Izzy se fue a su cuarto y empezó a llorar, y le echó la culpa a Izzay porque sus padres lo habían regañado por culpa de ella, y pensó que era una injusticia, y que sus padres eran malos con él por castigarlo por algo que su hermana había hecho y en lo que él no tenía nada que ver, y pensó que ojalá nunca regresara su hermana Izzay para que todos sus problemas se acabaran y así nunca más tendría problemas con nadie y ya nadie lo haría menos por tener una hermana rara.

Sus padres acudieron a la policía para que buscaran a Izzay, pero la policía no les puso mucha atención y les dijo que seguro Izzay se había escapado de su casa ya que no quería seguir viviendo con ellos por alguna situación. Pero los padres le dijeron que no que estaban equivocados que ellos querían a sus hijos por igual y que nunca hacían diferencias entre ellos. Y la policía les dijo

que se fueran a su casa que ellos la buscarían. Sus padres empezaron a poner carteles por toda la ciudad. En ellos ofrecían una recompensa a quien les dijera algo sobre su hija.

Así pasaron cinco meses sin tener noticias de Izzay. Mientras tanto, ella seguía trabajando en el circo que ya había recorrido los ocho planetas existentes en la galaxia pero no había ido a Alienlandia ya que el dueño del circo no quería que la familia de Izzay la encontrara. Por eso evitaba ir a ese lugar. Izzay ya era una alien muy famosa puesto que la habían visto muchas personas a las que les gustaban las cosas raras y extraordinarias y, como ella era la única alien con ese color de piel, por eso era muy famosa.

Pero Izzay no era feliz ya que extrañaba mucho a sus padres y a su hermano. El dueño del circo la trataba mal, pues no le daba de comer mucho y la maltrataba y no le daba nada de dinero. Con ella se había hecho rico, ya que era la cosa rara más vista por los visitantes. Ella le había rogado al dueño del circo que la dejara ir pero él le decía que no, que había pagado mucho dinero por ella y que hasta que se lo pagara la iba a dejar ir. Pero esto no era cierto, ya que él la quería tener ahí porque con ella se hacía rico.

Izzay soñaba con volver a la escuela, ver a su familia y poder lograr sus sueños, ya que quería ser cantante y actriz, y quería lograr tener amigos de verdad, que no la maltraran ni humillaran co-

mo lo hacían en su escuela. Y también soñaba con que su hermano no la discriminara por su color y que la quisiera y no se avergonzara de ella, y que le hablara tanto en su casa como en la escuela, ya que en su casa sí le hablaba pero en su escuela no, por no perder a sus amigos y para ser popular y no raro como su hermana. También soñaba con que sus maestras la quisieran como era ella ya que no le ponían las calificaciones que ella se sacaba por sus méritos. Quería que no hicieran diferencias con ella y que la trataran como a todos sus compañeros. Y pensaba mientras estaba en el circo si todo lo que ella soñaba algún día se cumpliría.

Lloraba todas las noches soñando, pero en el circo ella había encontrado una amiga que era una alien llamada Alizzay que tenía diez años de edad. Estaba en el circo porque en un accidente de auto había perdido a sus padres y como no tenía hermanos estaba en ese lugar. El dueño del circo la había comprado por no tener brazos y por esa situación la exhibía. Pero ella e Izzay se habían hecho amigas ya que cuando estaban solas, aunque estaban separadas, podían ponerse a platicar en voz baja para que nadie las escuchara. Fue así como cada una se enteró de sus vidas, y ninguna perdía la esperanza de poder escapar del circo. Izzay le había prometido a Alizzay que cuando se escaparan la iba a llevar a su casa y le había dicho que sus padres, como eran buenos y

comprensivos, la iban a aceptar. Le dijo que también a ella la mandarían a la escuela. Y eso era con lo que todas las noches soñaban.

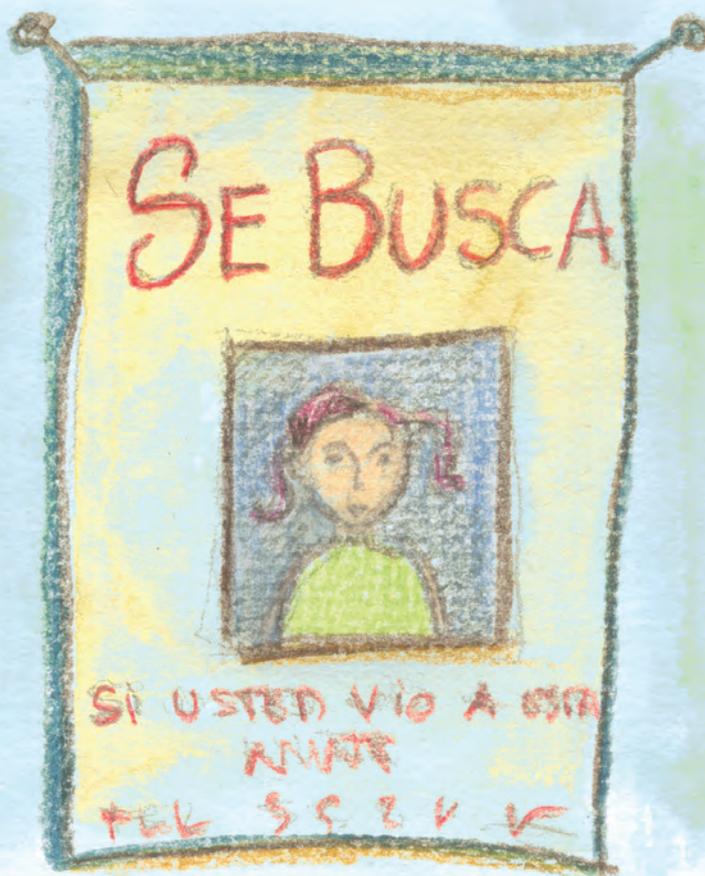
Mientras Izzay estaba en ese circo su hermano Izzy dejó de ser el niño de la hermana rara y pasó a ser un niño popular ya que todos querían ser sus amigos y estar siempre a su lado. Izzy ya no sentía vergüenza y le gustaba que todos quisieran ser sus amigos, él pensaba que su hermana nunca más regresaría y que él siempre iba a ser feliz.

Cierto día, Izzy escuchó que uno de sus amigos contaba que unos de sus tíos que vivían en otro planeta habían ido a un circo de cosas raras y extraordinarias y que habían visto muchas cosas muy interesantes y que, posiblemente, ese circo iría a Alienlandia ya que era muy famoso y todos los niños querían verlo. Izzy fue a contarles a sus papás lo que había escuchado y les pidió que lo llevaran a ver el circo de cosas raras y extraordinarias, y sus papás le dijeron que sí, que cuando el circo estuviera en la ciudad lo llevarían.



Los papás de Izzay aún la recordaban y la seguían buscando, pero nunca la habían podido encontrar.

Pasado un mes el circo en donde trabajaba Izzay llegó a Alienlandia, tanto Izzay como Alizzay se enteraron de que iban a ir a su ciudad. Izzay se puso muy contenta y pensó que sus papás podrían ir al circo y la verían y la rescatarían llevándosela a su casa, a ella y a Alizzay. Izzy se enteró de que el circo al cual quería ir ya estaba instalado y les pidió a sus padres que lo llevaran esa noche, pero sus padres le comentaron que la policía les había llamado y les había dicho que habían encontrado



una niña con las características de su hija y que tenían que ir a ver si era ella. Pidieron a Izzy que los acompañara y quedaron en que al otro día irían y en que, si era su hermana, posiblemente los cuatro podrían ir juntos al circo.

Izzy se enojó mucho, les dijo que sólo les importaba su hermana, que él no les importaba, que siempre estaban pensando en ella y que parecía que a él no lo querían, pues siempre que les pedía algo pensaban en su hermana y que hasta lo habían castigado el día en que ella había desaparecido. Sus padres le dijeron que no era cierto, que ellos los querían a los dos y que no había diferencias entre ellos, y que debería estar emocionado como ellos porque a lo mejor ya iban a encontrar a su hermana. Izzy muy enojado les dijo que ojalá y nunca su hermana regresara ya que sólo traía problemas a su vida y nunca podía divertirse estando ella ya que nadie era su amigo por tener una hermana rara. Sus papás lo volvieron a castigar y lo dejaron en la casa y fueron con la policía, pero al llegar se desilusionaron mucho porque la niña que les enseñaron no era su hija.

Llegó el fin de semana y Dizzy y Dizzay fueron al circo y al estar recorriendo las salas del circo llegaron a donde se encontraba la amiga de Izzay, y las dos se empezaron a burlar de Alizzay porque no tenía brazos y le empezaron a aventar basura y la ofendieron hasta hacerla llorar. Siguieron caminando y se encontraron con Izzay. Al verla ella

se alegró mucho pues pensó que eran sus amigas y podía decirles a ellas que la ayudaran o le dijeran a su familia en dónde estaba. Pero en vez de ayudarla la ofendieron y la hicieron sentir mal y le dijeron que ellas la habían vendido al circo y habían obtenido por ella mucho dinero, y que con ese dinero se habían comprado mucha ropa y juguetes y que siempre habían tenido dinero para gastar y poder invitar a sus amigos muchos dulces y que era lo único bueno que había hecho por ellas, ya que hasta su hermano se avergonzaba de ella y que para qué quería regresar si sólo era un problema para todo el mundo, y que sus papás ya se habían olvidado de ella y que a nadie le interesaba en dónde se encontraba ni qué pasaba con ella.

Izzay les contestó que eso no era cierto, y les dijo que su familia no la podría olvidar, que ellos sí la querían, que su hermano no podía ser así, que eran de la misma sangre y debían confiar uno en el otro y apoyarse siempre, y que su familia no se avergonzaría de ella, y que ella sabía que su hermano no le hablaba en la escuela y eso ella lo soportaba para que su hermano tuviera amigos, pero que en su casa la quería mucho y sí le hablaba. Dizzy y Dizzay le contestaron que eran puras mentiras lo que decía, que nadie ya se acordaba de ella, por lo que era mejor que se quedara ahí y se fueron riendo de ella e Izzay se quedó muy triste y llorando, pensando si lo que le habían dicho sería verdad.

Ese mismo día, más tarde, la familia de Izzay fue al circo de cosas raras y extraordinarias, llegó al final del recorrido y se encontró a Izzay, que era la atracción principal del circo. La familia se quedó sorprendida al ver a Izzay en ese lugar y le preguntaron: "¿qué haces ahí?, ¿por qué te escapaste de la casa y viniste a este lugar?" Y la niña les respondió que Dizzy y Dizzay la habían vendido a ese circo el día que la invitaron a su casa y les dijo que le habían dado un refresco pero que no sabía qué tenía porque se había dormido al tomarlo y que cuando había despertado ya estaba en el circo y que ahí la maltrataban mucho y que no le daban de comer mucho, y que a todos los que estaban en el circo los maltrataban y que le había dicho al dueño del circo que la dejara ir pero que él le había dicho que no la iba a dejar ir porque había pagado mucho dinero por ella. Sus papás le dijeron que no se preocupara que ellos estaban ahí y se la iban a llevar a su casa. Pero Izzay les pidió que también se llevaran a su amiga Alizzay, y estuvieron de acuerdo con ella y, al tratar de sacarlas su papá a ella y su mamá a Alizzay, sonó una alarma de robo y a sus papás los llevaron a la oficina del dueño del circo y ahí dijeron a ese hombre que dejara ir a su hija y que también dejara ir a Alizzay.

Pero el dueño del circo les dijo que no porque él las había comprado y había pagado mucho dinero por ellas, y que con ellas ganaba más dine-

ro que con ningún otro fenómeno. Al oír lo que decía el dueño del circo Izzay pensó que estaba alegre por encontrar a su hermana ya que la extrañaba, pero que era mejor que se quedara en el circo porque si otra vez regresaba a su casa y a la escuela lo volvería a avergonzar y nadie le hablaría nunca más. Oyó que el dueño del circo los corría y tanto él como sus papás salieron del circo.

Al salir del circo, la familia de Izzay fue a la policía para demandar al dueño del circo que tenía a su hija. Ellos dijeron que iban a investigar y que se fueran a su casa tranquilos. Al día siguiente la policía fue a la casa de la familia de Izzay y a todos les dijo que no podían hacer nada porque habían comprado a su hija y que el dueño había pagado mucho dinero por ella y que si querían recuperarla debían conseguir mucho dinero para recuperarla, si no, no se las iba a regresar. Y la policía se fue de la casa de Izzay.

Sus papás no perdían la esperanza de recuperarla y fueron al circo a hablar con ella, pero les prohibieron la entrada. No se dieron por derrotados y fueron a comprar unos disfraces de ancianos y entraron sin problemas al circo. Llegaron hasta donde estaba Izzay y le dijeron: "Somos tus padres no te asustes, no hemos podido ayudarte, toma estas pinzas para que cuando puedas cortes tus cadenas y ya no sufras. Vamos a hacer lo posible por sacarte de este lugar". Izzay les dijo que como ya no habían ido por ella pensó que no la

querían y sus papás le dijeron: “No pienses eso, nosotros somos tus padres, nunca nos hemos olvidado de ti, siempre te hemos buscado y no te habíamos encontrado hasta ahora. Siempre te extrañamos y te queremos así como eres, y pronto regresarás con nosotros a casa”. Sus papás se fueron e Izzay se puso contenta porque sus padres siempre la habían buscado y querido y nunca la habían olvidado y tenía la esperanza de que iban a regresar por ella.

Al día siguiente en la escuela Dizzy y Dizzay a la hora del recreo fueron a la oficina de la directora para usar el micrófono, pero lo que ellas querían era avergonzar a Izzy diciendo que Izzy había roto el pacto de no hablarle a Izzay, porque se enteraron de que le hablaba en su casa y que la quería mucho. Al oír esto todos sus amigos le dejaron de hablar.

Así pasó un mes y los padres de Izzay habían hecho todo lo posible por rescatarla pero no habían logrado nada. El circo estaba por irse a otro planeta. Izzay y Alizzay, con la ayuda de las pinzas y al paso del tiempo habían logrado cortar sus cadenas sin que nadie se diera cuenta y, al estar yéndose a otro planeta antes de despegar, lograron salirse del circo sin que el dueño se diera cuenta. Al siguiente día al salir de la casa la familia de Izzay se dio cuenta de que ellas habían logrado escapar del circo porque estaban afuera de su casa. Sus papás se alegraron de verlas, las

abrazaron y las metieron a la casa, les dieron de comer y les dieron nueva ropa.

Izzy estaba entre contento y enojado porque su hermana había regresado y también porque las chismosas de Dizzy y Dizzay hicieron que perdiera a todos sus amigos. Alizzay se sentía como en su casa y estaba muy contenta de estar en la casa de Izzay. A ella y a Alizzay sus padres las inscribieron nuevamente en la escuela. Un día antes estaban temerosas de ir porque Alizzay sabía cómo las tratarían por ser diferentes, pero le dijo a Izzay que no se preocupara que no les iba a pasar nada. Los papás de Izzay habían hablado con Izzy haciéndole entender que Izzay era su hermana y que tenía que quererla y apoyarla en todos los aspectos, que no importaba que ella fuera de color de piel diferente ya que ella sentía lo que le hacían o decían y por esa razón no era mala, al contrario, la debería de ver como alguien normal, y que su hermana Izzay había aceptado a Alizzay como era y no le importó que no tuviera brazos lo que la hacía diferente a ellos y no por eso la había hecho menos, que era igual o mejor que ellos.

Izzy comprendió que había estado en un error y que debía pedir perdón a su hermana por tanto maltrato que le había hecho y que debía darle una oportunidad a Alizzay así, sin brazos, y que las personas no deben de ser tratadas mal por el hecho de ser diferentes y que deben ser tratadas con igualdad y no con desprecio y que no deben

ser humilladas por su físico. Le pidió Izzy perdón a su hermana, y ella aceptó sus disculpas e Izzy les dijo que iba a darle una oportunidad a Alizzay así como el mismo cariño y respeto que se merecía, y les dijo que no se preocuparan por nada de la escuela que él iba a estar ahí con ellas para protegerlas y ayudarlas en todo. También pidió una disculpa a sus padres por ser tan egoísta con ellos y sólo pensar en lo que él quería y deseaba. Sus papás se pusieron contentos y felices.

Izzy, Alizzay y Alizzay fueron a la escuela y nuevamente fueron humillados por todos y despreciados, pero a ellos no les importó ya que empezaron, con el transcurso de los días, a demostrar que lo más importante es la amistad y la hermandad y el apoyo entre amigos, sin importar sus diferencias.

Dizzay y Dizzy eran las personas que más los molestaban. Llegó la época de exámenes, y como Dizzy y Dizzay no eran buenas estudiantes trataron de que la maestra las ayudara haciendo trampa. La maestra no aceptó y de esto se dieron cuenta Izzy y Alizzay. Sin que nadie lo notara, Dizzy y Dizzay amenazaron a la maestra con hacerla quedar mal ante todos los alumnos y maestros. La maestra les dijo que no iba a hacer nada para ayudarlas y que hicieran lo que ellas quisieran.

Antes de empezar los exámenes Dizzay y Dizzy les dijeron por micrófono a todos que la maestra

les había dicho que estaba enamorada de un alumno y que la ayudaran a conquistarlo, y que ellas se habían negado y que las había amenazado con reprobarlas si no la ayudaban. Al enterarse de esto todos les creyeron y la directora se enojó y le dijo a la maestra que se tendría que ir de la escuela. Al escuchar lo que sus compañeras había dicho Alizzay e Izzay fueron a hablar con la directora para que se enterara de que todo era una mentira de Dizzay y Dizzy y que ellas habían escuchado que como no eran buenas estudiantes querían que la maestra las ayudara en los exámenes, y que como la maestra no quiso hacerlo la amenazaron con decir una mentira de ella, y que esa era la verdad.

La directora mandó a hablarles a Dizzay y Dizzy para arreglar el problema y ya estando todos en la dirección ellas aceptaron que sí habían inventado todo porque la maestra no las había querido ayudar, que todo era una mentira de ellas. Y la directora les dijo que las iba a expulsar. Ellas se pusieron a llorar y pidieron perdón a la maestra. La maestra aceptó sus disculpas y le dijo a la directora que las dejara en la escuela ya que se comprometían a ser buenas estudiantes.

Dizzay y Dizzy aceptaron, y también le pidieron perdón a Izzay y Alizzay y prometieron ya no hacer groserías a las personas por ser diferentes a ellas, dijeron que ahora las ayudarían en todo y serían buenas amigas y que hablarían con los demás compañeros para que ya no hubiera discriminación de ningún tipo, hacia ningún compañero. También la maestra le pidió disculpas a Izzay porque ella también había sido injusta con ella pues se había dejado llevar por los comentarios de los demás y la había juzgado por sus defectos físicos. Le dijo que nunca se había dado la oportunidad de conocerla, y que aun cuando se había portado mal con ella, Izzay no le guardaba rencor y la había ayudado.

Desde ese momento en el planeta Alienlandia todo fue felicidad y hubo respeto para todos.

En
la
escuela

Cynthia
Milagros
Custodio
Mendoza

Primera categoría, tercer lugar



Un día despertó Nati y preguntó:
—¿Qué día es hoy?
—20 de agosto –le contestó su
hermana Mili.

—¡Oh, no puede ser, estamos muy cerca de comenzar otro año escolar! ¡Cuarto año de primaria! –exclamó.

Sentía como cosquillas en el estómago nada más de pensar que tendría que volver a pararse temprano, desayunar por las mañanas sin tener ganas de probar nada porque en la mañana la leche le daba asco y aparte de todo dormirse temprano, bañarse por la noche... “Qué flojera, pero ni modo, dijo Mili, todos los niños deben y necesitan ir a la escuela”.

Pero ella se quedó pensando.

¿Qué maestro le tocaría?

¿La irían a cambiar de grupo?

¿Qué nuevos compañeros tendría?

Muchas preguntas y ninguna respuesta.

Por fin llegó el día tan esperado. Con mucho entusiasmo y alegría se dirigió Nati a su escuela. “¡Cuántas cosas nuevas iba a aprender! –se dijo–. Pero, ¿por qué no se me quita este vacío que siento en el estómago?”

De pronto tocaron la campana y todos se dirigieron a sus salones. Nati no conocía a nadie. “Me equivoqué de salón”, pensó, porque ninguno de sus compañeros estaba en ese grupo, y se

puso muy triste. Pensó que le iba a ser muy difícil tener nuevos amigos, entonces se preguntó: “¿Por qué tengo que venir a la escuela?” y se respondió: “¡Oh por Dios! ¡Todos los niños tenemos que ir a la escuela!”

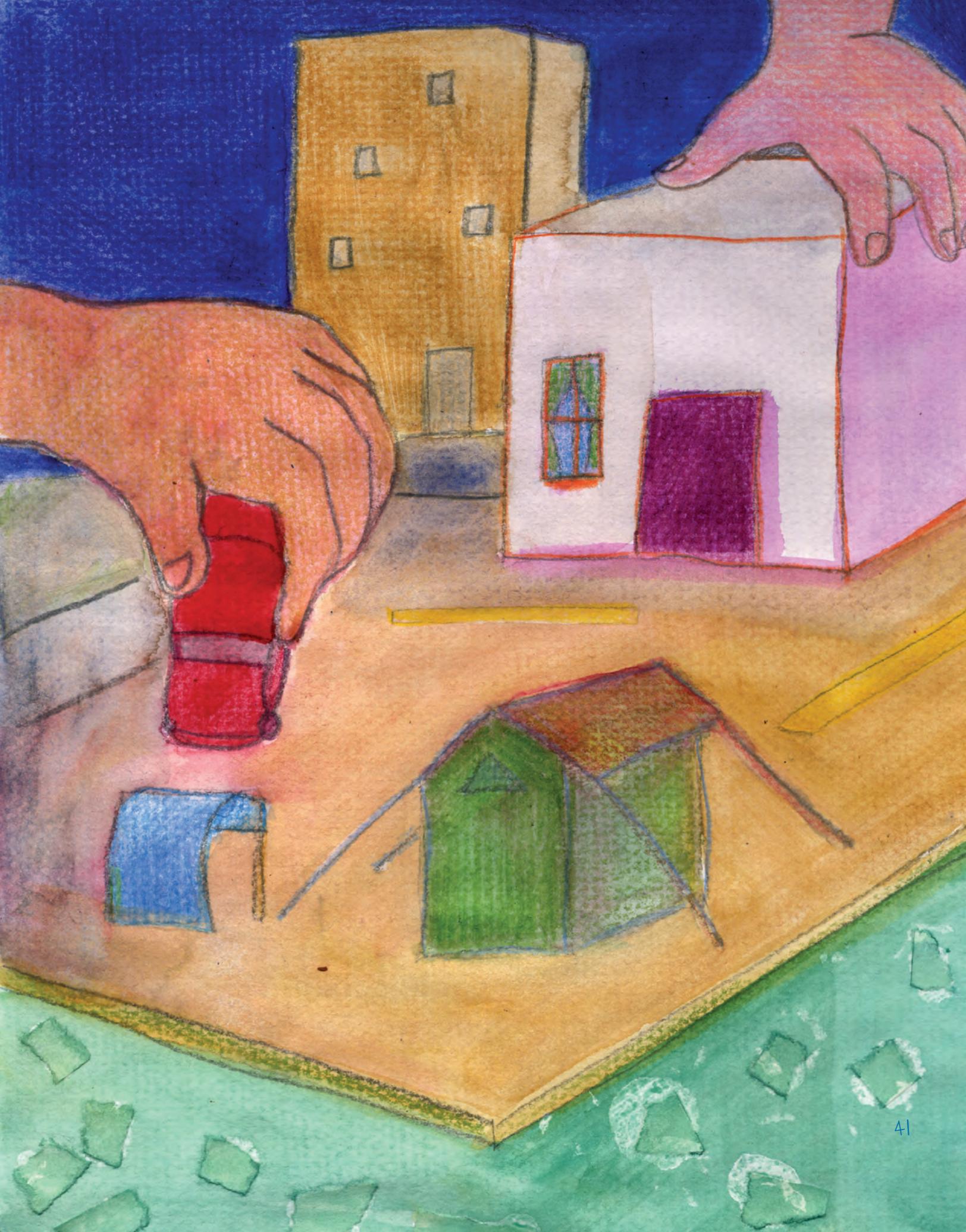
El primer día no tuvieron mucho tiempo de platicar. Parecía que todos tenían miedo de acercarse porque todos eran diferentes y a todos les daba miedo ser rechazados por sus compañeros. Aparte de todo, el salón se sentía muy frío. Nati extrañaba esos días de vacaciones en su cuarto, muy calentita con sus juguetes.

El segundo día las cosas no mejoraron. Les fue muy mal porque no lograban integrarse y se burlaban si alguno se equivocaba. Especialmente de Jonathan, un compañero nuevo que venía de otra escuela; él era muy tímido, casi no hablaba. Usaba lentes grandes y tenía el cabello tan largo que le tapaba media cara. “¡Es muy extraño –decía Nati–, a lo mejor sus papás son igual de raros!”

El tercer día les fue pésimo porque llegó otra maestra que no los dejaba ni respirar, se la pasaba gritando y ordenando: “hacen esto, hacen lo otro”. No les gustó, se veía de muy mal carácter. Nati pensaba que se parecía a su tía Dora. “Es igualita, todo el tiempo enojada.” Ese día los dejó sin recreo porque algunos compañeros no terminaron su trabajo. Todos consideraron que era injusto, porque pensaron que la maestra podía imponer su autoridad así nomás porque sí.

El cuarto día hubo un problema muy grave: Jonathan, el compañero tímido y un poco extraño a quien nadie respetaba ni aceptaba, llevó una maqueta muy bonita de una tarea que les habían dejado sobre cómo querían que fuera su casa, y se la destruyeron.

—Qué lastima –dijo Nati– hizo un bonito modelo, su cuarto lo decoró muy bien con aviones, carritos y *posters* de los superhéroes, qué buen gusto –y pensó: “a mí también me gustan los super-





héroes aunque nadie lo sepa, ¡ese es mi secreto!”

Nadie quiso decir quién había destruido la maqueta.

Jonathan no defendió su derecho y se quedó callado, entonces todos quedamos de acuerdo en no decir quién lo hizo. En eso entró la maestra y al ver el trabajo estropeado preguntó:

—¿Quién destruyó este trabajo?

Nadie contestó. Eso molestó mucho a la maestra y les dijo:

—¡Si para mañana la personita que lo hizo no viene a hablar conmigo todo el grupo tendrá un castigo!

La maestra se levantó y salió del salón muy molesta. Todos se miraron sin decir nada.

Al quinto día llegaron al salón y nadie hablaba. Todos esperaban que entrara la maestra y preguntara, pero pasaron más de dos horas y no llegaba. Nati pensó: “esto no me gusta nada”. De pronto vieron entrar a Gonza, el prefecto, con otro señor y les dijo:

—Él es su nuevo profesor.

Todos se quedaron sorprendidos. Cuando el prefecto salió el profesor se presentó y dijo:

—Mi nombre es Rogelio y yo voy a ser su nuevo profesor. Me comunicaron que aquí tuvieron un problema con el trabajo de un compañero y que el grupo tiene muchos problemas, yo no les quiero imponer mis propias reglas ni me gusta castigar, voy a salir un momento para que todos ustedes piensen, platicuen de qué forma pudieran resolver los problemas del grupo.

Todos se miraron sin saber qué hacer, algunos tenían cara de miedo, otros de sorpresa y preocupación. Después de un gran rato, Diana se levantó y dijo:

—Esta escuela tiene muchas reglas y cada grupo debe tener sus propias reglas. ¿Qué les parece si nosotros hacemos nuestras reglas para el salón? Todos debemos platicar y participar para encontrar

grandes soluciones y nos conoceremos más.

Fue entonces cuando todos empezaron a dar sus opiniones. Después de platicar por un gran rato llegaron a un acuerdo. Harían un reglamento y elegirían a un representante de grupo, para que así ellos mismos resolvieran sus problemas sin la intervención de otras personas. Para representantes propusieron a Mariana, Inés y Jessica, y cada uno dio su voto por el que creyó iba a ser responsable. Ganó Mariana como representante de grupo.

Después se propusieron varias reglas:

Regla núm. 1 – Respetar la manera de ser de los demás y también que los demás nos respeten.

Regla núm. 2 – Los niños debemos hacer las cosas por nuestra propia voluntad, no nos tienen que obligar.

Regla núm. 3 – Sólo hay que hacer las reglas que sean necesarias.

Regla núm. 4 – Cuando se tenga una obligación tenemos el derecho de escoger la manera de ser responsables.

Regla núm. 5 – Todos los niños somos iguales y tenemos los mismos derechos.

Regla núm. 6 – Tenemos que aprender a entender y aceptar a las personas con sus diferentes modos de ser y de pensar.

Todos quedaron de acuerdo y muy contentos con su nuevo profesor, porque él les dio la oportunidad de tomar sus propias decisiones, no les

impuso sus reglas y les dio confianza y seguridad.

Entró Rogelio y les preguntó cual había sido su resolución a los problemas y qué habían aprendido de todo esto.

Entre todos decidieron que fuera Mariana la que respondiera al maestro.

—Pues bien —dijo Mariana—, aprendimos que debemos aceptarnos como somos, como pensamos, como es nuestro modo de ser, a veces nos cuesta mucho trabajo aceptarnos pero en la escuela se aprende a tener errores y aceptarlos, no se ignoran los problemas sino que aprendemos a solucionarlos. En nombre de todo el grupo le pedimos una disculpa a nuestro compañero Jonathan por burlarnos de él y haberle destruido su trabajo.

Entonces la interrumpió el maestro preguntando por qué nadie había querido decir quién había destruido el trabajo de su compañero Jonathan. Jorgito alzó la mano y le dijo al profesor:

—Porque así pensábamos que éramos solidarios con el compañero que lo había hecho.

—Están en un error, eso no es ser solidario, es ser cómplice —le contestó el profesor—. Les voy a dejar una pequeña tarea para mañana: buscar en el diccionario qué es ser solidario y qué entienden por solidaridad.

—Muy bien maestro —dijo Mariana—, por eso hemos pensado que este día no saldremos al recreo, porque todos queremos ayudar a Jonathan a arreglar su maqueta.

—Eso me parece muy bien de parte de todos ustedes –contestó el maestro.

En ese momento habló Natalia, que había estado muy pensativa, y contenta dijo:

—¡Profesor, profesor ya descubrí lo que es ser solidario!

—¿Y qué es? –preguntó el maestro.

—Pues es lo que vamos a hacer todos en el recreo para reconstruir la maqueta de Jonathan.

—¡Muy bien, los felicito! –exclamó el maestro— ¡Eso es solidaridad!

En ese momento Emiliano, con la cabeza agachada, se acercó al profesor y muy apenado le dijo en voz baja:

—Maestro, yo fui quien destruyó la maqueta y me siento muy arrepentido y le pido una disculpa a Jonathan y a mis compañeros.

El profesor se le quedó mirando y con suave voz le dijo:

—Emiliano, estoy muy orgulloso de ti; has sido muy valiente al reconocer tu error y has tenido la honestidad de decirlo y disculparte y eso es lo que vale, porque cuando seas grande vas a ser un buen ciudadano.

En ese momento Inés alzó la mano y pidió la palabra.

—Maestro, quiero preguntarles a usted y a mis compañeros si le podríamos agregar dos reglas más a nuestro reglamento: reconocer nuestros errores y ser honestos.

El profesor preguntó a todos los alumnos si estaban de acuerdo y todos respondieron con un fuerte "sí".

A Jonathan esto le permitió integrarse al grupo y ya no ser tan tímido, ya que cuando era niño no le permitían elegir su ropa ni sus juguetes y tampoco podía opinar, eso lo hizo inseguro. Por eso es importante que de niño te dejen decidir sobre tus propias cosas, porque si no de grande tampoco vas a poder decidir. Cuando los niños tenemos la libertad para hacer y para elegir, aprendemos muchas cosas como a tomar decisiones, a no tener miedo, o a cambiar de decisión.

Esteban, que los había estado observando, dijo:

—La escuela se convirtió en el lugar en el que pasan principalmente tres cosas: primero, uno aprende a convivir con personas distintas y a no tener miedo de conocerlas. Segundo, se explica para qué sirven las cosas y de qué están hechas. Tercero, aprendemos a escuchar. Y cuando todo sale bien nos aplaudimos y cuando no lo hacemos bien nos ayudamos y se vuelve uno más independiente.

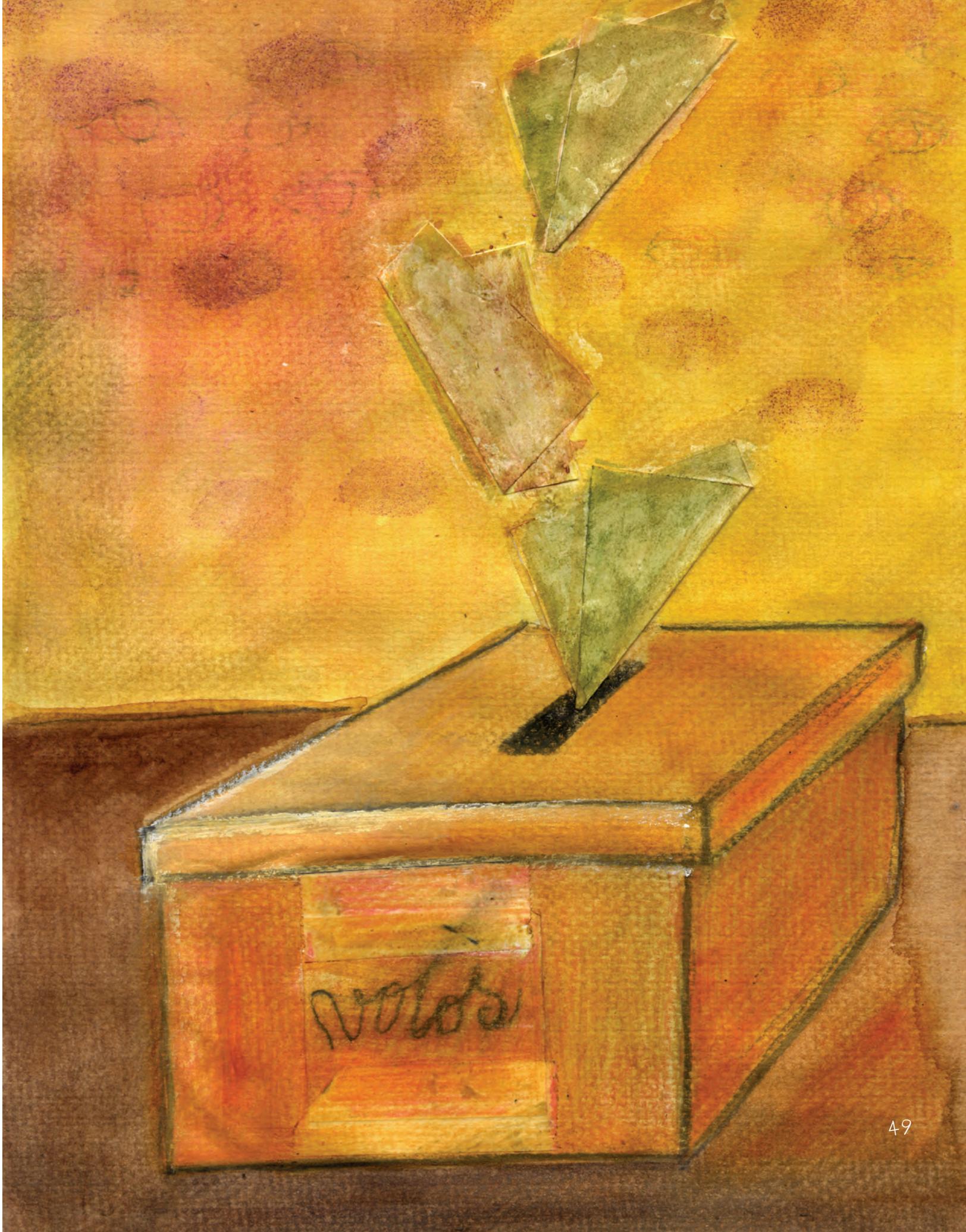
—Muy bien —dijo Rogelio—, parece que entendieron bien la lección y los felicito. Bueno, creo que fue un día muy cansado y les voy a dar un rato más para que descansen. Ya se pueden ir a jugar al patio.

Ese día los niños regresaron felices a sus casas. Nati encontró varias respuestas a sus preguntas y

aprendió que la escuela es un lugar muy especial a donde van muchos niños y donde lo más importante es tener profesores que están allí para enseñarles muchas cosas importantes, útiles e interesantes como las matemáticas, la historia, los planetas, la luna, el sol, los días y las noches, las estaciones del año con su movimiento de rotación, el origen del hombre, cómo es nuestra *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* con sus artículos, el descubrimiento de América, la construcción de las pirámides, y tampoco hay que olvidar las artes plásticas y la educación física con las miniolimpiadas... ¡y cuántas cosas más pudiera decir! Otros profesores saben de música, de computación, de pintura, o sea que en una buena escuela uno aprende a ser un buen estudiante.

Nati llegó a la conclusión de que cuando en el colegio se hacen las cosas bien, no es necesario obligar a nadie. Esto sólo se puede entender si estamos en la escuela el tiempo suficiente para aprender muchas cosas importantes.

Si queremos que nadie nos obligue a algo, debemos de aprender a tomar nuestras propias decisiones.



Votos

La
publicación
de
Sofía

Juan
José
Lluhí
Tamés

Segunda categoría, primer lugar

Y en una época en la que la mujer no tenía ni voz ni voto, ni derecho ni palabra, una de ellas decidió hablar, votar y expresar todo eso que guardó, en un colchón, por mucho tiempo.

—Decidme ya, mala mujer, ¿qué es eso que escribís?

—Son versos, poemas.

La mala mujer era una mujer que sentía afición por las letras.

—Bien, amor mío, ¿y qué hacéis escribiendo poemas en vez de cuidar a nuestros hijos?

—Nuestros hijos están dormidos ya.

—¿Los cuatro?

—Sí, los cuatro.

—Muy bien, tengo cosas que deciros.

Un hombre alto, delgado, de cabello castaño y bigote, hablaba con su mujer a la luz de la chimenea, en la sala de su gran casa. El hombre se levantó, se movió hacia la mujer y colocó la cara frente a su oído. Susurró:

—No quiero volver a ver esto —dijo, y después alzó la voz—. ¿Entendéis Sofía?

—Sí.

Era entonces una época de opresión, no existía esa igualdad que ahora tanto funciona.

—¿Sí? ¿Sí nada más? No veis lo que podría pasar si alguna persona viera esto, ¿qué pasaría con nuestra imagen? No quiero imaginarlo. Por favor Sofía.

—Han existido muchas mujeres exitosas y... —su esposo no la dejó terminar.

Sofía buscaba en mujeres del pasado inspiración, para convertirse en la mujer del presente.

—Sí pero, vos sois especial —esperó a ver su reacción— aunque sabemos que no lo suficiente —volvió a esperar— ¡nos vemos arriba!

Marcela Sofía Gutiérrez estaba casada con un influyente hombre de familia. Sofía no soportaba más. Sentía la discriminación de la sociedad como cristales que le cortaban la cabeza. Jorge Fhuirs, su esposo, trabajaba largas jornadas, salía a las nueve de la mañana y llegaba a las diez de la noche. La vida de Sofía eran sus cuatro hijos, tres varones y una mujer. A ellos les entregaba su existencia. Vivía de sus hijos y de sus letras.

—¡Sofía, venid en seguida! —su meditación fue interrumpida.

Al día siguiente, sábado, en la ciudad, en el parque central, cerca del kiosco principal, la gente, en tumulto, estaba reunida. Algunos sentados, algunos parados.

—Mamá, ¿qué pasa ahí?

—Son campañas amor, para las elecciones —respondió Sofía, amorosamente, a su hijo.

—¡Sofía venid aquí! Estoy con los Reyes Retana —gritó Jorge a los lejos.

Sofía caminó hasta donde se encontraba su esposo.

Sofía se sentó con Jorge y la familia Reyes Re-

tana en una mesa. Ella nunca hablaba en las reuniones, tampoco Cristina, la señora Reyes Retana. Las dos únicamente respondían a las preguntas de los señores y vigilaban a sus hijos que jugaban en el suelo. Los señores continuaron su plática:

—Pero si el gobernador es perfecto —dijo el señor Reyes Retana.

—No es verdad... —dijo Sofía sin poder contenerse, pensando “el gobernador ha robado mucho al estado”.

Pero como en aquellos tiempos las mujeres no podían tener opinión política, trató de remediar su imprudencia:

—¿No es verdad que nuestros hijos han crecido mucho, Cristina? —dijo en seguida, para que todos pensarán que se refería a eso.

El señor Reyes Retana se había dado cuenta al instante. ¿Qué dirá?, pensó Sofía. ¿Qué pensará Jorge de lo que dije? ¿Se irán?

—Bueno, creo que ya es hora de las lecciones de piano de Lourdes, disculpadme, tengo que irme. ¡Niños, hora de partir! Cristina, recoged vuestras cosas —dijo en un tono burlón el señor Reyes Retana.

Sofía veía al suelo, Jorge la obligó a mirarlo. Luego no le dijo nada más.

—¿Hora de partir? —se atrevió a decir ella.

—Bien, no quiero que vuelva a ocurrir —dijo su esposo, determinante.

Jorge se adelantó dejándola atrás como si fuera inferior, llamó al coche y pronto estaban en las oficinas. Los sábados la jornada de trabajo era más corta, duraba de cuatro de la tarde a seis. Antes de bajar del carro, Jorge le dijo:

—Una más... y ¡olvidadme! —se bajó y entró a las oficinas.

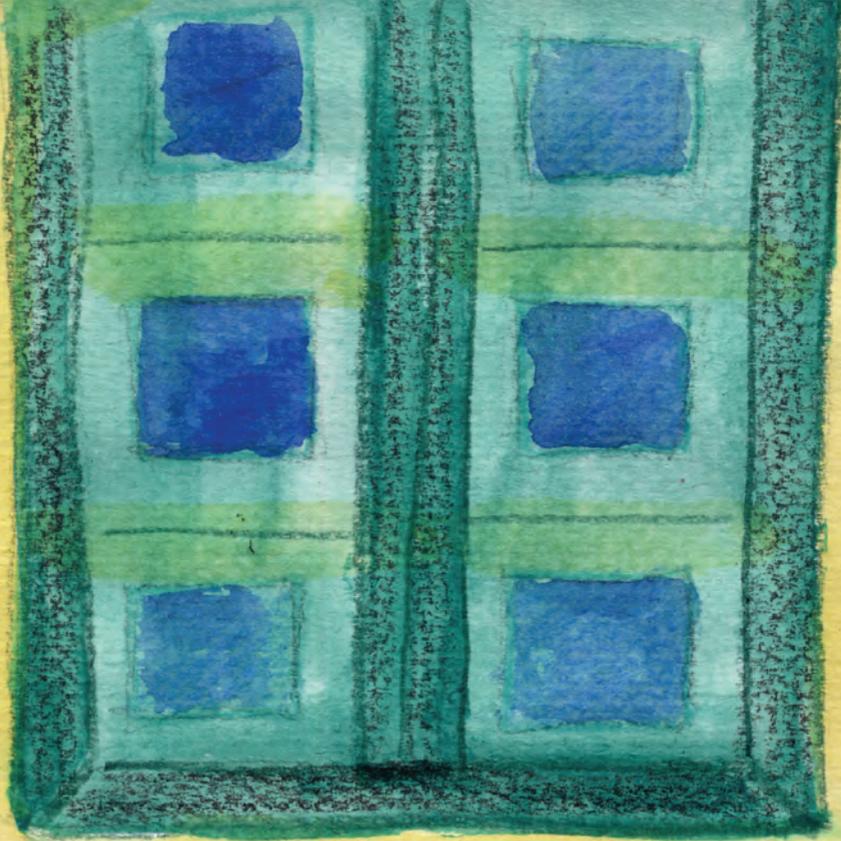
Sofía quedó preocupada. A su alrededor, los caballos andaban, los niños jugaban y la gente caminaba. Miró por la ventanilla todo el camino, hasta llegar a su hogar. Tuvo tiempo de meditar. Llegó a su habitación y se echó en la cama a pensar de nuevo.

Cuando decidió que había pensado lo suficiente, se levantó y, dando unos pasos, tomó una pluma, arrancó un trozo de papel para carta y lo puso en la mesa. Después se dirigió al armario, buscó en un lugar y sacó unas llaves. Cerró el armario y regresó al escritorio. Con las llaves, abrió un cajón y de éste sacó un cuadernillo que leyó durante un tiempo hasta que, por fin, escribió en el papelillo:

IMPRESA. Calle Hermosillo núm. 45

Cerró el cajón, guardó las llaves y se acercó a su cama. Levantó el colchón y de éste sacó un fajo con hojas de papel carta. Lo guardó en su bolso y salió encargándole sus hijos a la nana.

Pidió un carro de paga en el final de la calle y



pidió la llevaran a la calle Hermosillo núm. 45. Al llegar vio una gran bodega descuidada. Era azul, de un azul feo y brillante. La puerta blanca se encontraba abierta. Sofía decidió entrar. El lugar era oscuro y sucio pero, pronto, encontró a una persona que la llevó a las oficinas.

—Esperad aquí señora, en un momento se os atenderá.

Sofía esperó hasta que, por fin, un muchacho salió de una de las tres puertas que había en la oficina, era un joven delgado, de estatura promedio y muy blanco.

—Señora, pasad por favor –dijo amablemente el hombre.

—Gracias.

Sofía entró a la oficina y se sentó en la única silla que había aparte de la del muchacho, las paredes estaban vacías y lo único que había sobre el escritorio eran unas hojas de papel.

—Bien, ¿cuál es el motivo de vuestra visita? –le dijo el hombre, delicadamente.

—Sí, mi esposo me ha enviado, quiere publicar unos versos que... –no la dejó terminar.

—¿Es su esposo el que quiere publicarlos o sois vos, delicada dama, la que quiere hacerlo? –le preguntó, seguro de sí.

Sofía no contestó, sólo dejó que el hombre siguiera hablando. Al parecer, el joven adivinaba las intenciones de Sofía. El hombre no siguió hablando.

—Bien, pues soy yo la que quiere publicarlos —dijo ella, con firmeza.

—Está bien, sólo que... —dijo, como cuestionándose a sí mismo o como evitando decir algo, para que ella hablara.

—No os preocupéis, lo he planeado todo, pensé en un nombre de varón, como seudónimo.

—Sí, claro, yo no me refiero a eso.

—Oh, claro, lo entiendo.

—Bueno, ¿de cuántos ejemplares estamos hablando?

—Pues no lo sé, nunca he hecho esto antes. Decidme vos, cuántos necesito para cubrir la demanda.

—Bien, con una pequeña cantidad podéis empezar. Así, si se vende la publicación pues solita dará para crear más ejemplares.

—Bien, ¿cuánto sería?

Sofía regresó a su casa de la misma manera en la que salió. Entró, caminó a la cocina meditando. Ahí encontró a la nana y a sus hijos, les tocó la cabeza y, sin haber hablado, subió a su habitación decidida a escribir o acaso a leer o a meditar. A cometer un nuevo "error" quizás.

Al día siguiente el señor se había ido ya, temprano como siempre. Sofía estaba ya vestida, regando las plantas del balcón, le enseñaba a su hija cómo hacerlo. "Lentamente", repetía.

—¿Sigue enfermo el maestro? —preguntó Sofía a su niña.

—No mamá, hoy sí va a venir —dijo la niña, viéndola hacia arriba.

Los niños de la pareja recibían educación en casa.

—Bien, voy a tener que salir hoy —le avisó.

—¿A dónde?

—Son cosas de adultos, vosotros os quedaréis tomando clase, ¿de acuerdo?

—Sí —le dijo.

Tras la partida de María, la pequeña niña, Sofía se quedó en el balcón todavía un tiempo más, hasta que decidió entrar, cerrando tras de ella las cortinas del balcón. Después, aseguró la puerta y se fue al armario, de donde sacó las mismas llaves, del mismo lugar secreto. Abrió el cajón, sacó una chequera, tomó la pluma y escribió una fecha y una cantidad. Luego firmó: Jorge Fhuirs E.

Guardó el cheque en su bolsa y salió de nuevo, otra vez en un carro de paga. Llegó al banco de la ciudad. Habló con el conductor:

—Disculpadme caballero, pero mi esposo me ha dicho que cambie este cheque por él, ¿podría usted ayudarme a cambiarlo?

—¿Y cómo sabéis vos que no habría yo de llevarme el dinero?

—Pues, pues no lo sé, se ve usted buena persona, hacedme el favor.

—Bien, en seguida vuelvo —y se fue.

—Hey, esperad, necesitaréis esto —dijo y le dio un bolso vacío.

Tal vez Sofía estaba preocupada, pero no se le

notaba. Se veía muy natural esperando al cochero, mirando por un punto fijo de la ventanilla. Su espera terminó pronto, el hombre abrió la portezuela.

—¿Por qué manda vuestro señor esposo a su merced a cobrar cantidades tan grandes?

—No hagáis más preguntas y dadme eso, él no me dio explicaciones, sólo me dijo lo que yo debía hacer.

—Está bien, ¿os llevo de vuelta a casa?

—No, a Hermosillo 45, por favor.

Sofía ya no estaba pensando, hacía lo que hacía, sólo lo hacía, sentía que tenía que hacerlo, quería que todos se enteraran de lo que pensaba como mujer, aunque tuviera que esconderse tras un antifaz masculino. En la imprenta le abrieron rápidamente, era el mismo muchacho.

—Pasad por favor.

—Gracias.

Entró de nuevo.

—He leído vuestros manuscritos.

—¿En serio?

—Sí, lo he hecho y me he percatado de que contienen cosas que a la sociedad no le van a gustar, ¿en verdad quiere usted publicar esto?

—Sí, lo he pensado mucho. Pero, ¿por qué preocuparse? ¿Quién puede localizar a Rodrigo Martínez I.?

—Con que ese va a ser el autor.

—Así es, ese nombre he elegido.

—Bien, ¿tenéis lo acordado?

—Completo, lo traigo en efectivo. ¿Cuánto tiempo vais a tardar?

—Un mes o menos. Muy pronto vais a ver vuestros manuscritos en todas las librerías de la ciudad.

Sofía regresó a su casa más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Entró y vio a sus hijos, primero al primero y luego al segundo y así, hasta llegar al cuarto. En ese momento le vino una tristeza enorme y comenzó a llorar. Sus hijos se acercaron y la abrazaron. Sofía nunca pensó en sus hijos cuando hizo lo que hizo, sólo en ella.

Quizá Sofía no soportaba la injusticia y la desigualdad en la sociedad pero, en ese momento de llanto, en ese momento en el que sus hijos la abrazaban con amor, se dio cuenta de que mucho menos soportaba la idea de faltarles a sus hijos. Esta idea la aterrizzaba.

—Hijos míos –les dijo, controlándose y separándolos de ella para verlos, ella estaba en cuclillas para hablarles– recordad que, pase lo que pase, vosotros tenéis que luchar por lo que creéis y por lo que amáis. Sabed que, suceda lo que suceda, yo no os dejaré solos...

—Mamá, ¿por qué decís eso?

—Lo digo porque os amo, sólo por eso.

Subió, tomó la chequera y la escondió, en donde creyó que era el mejor escondite: debajo de las macetas del balcón. Ella decía que ese era el mejor lugar para esconder algo. A las diez, como siempre, llegó Jorge. Esa noche, cansado, no se dio cuenta, no abrió su cajón.

—Sofía, ¿dónde está mi chequera? –Jorge hablaba a Sofía, caminaba de una parte de la habitación a la otra, levantaba las cosas.



—En vuestro cajón amor, ahí donde la guardáis
—mintió Sofía fingiendo seguir dormida.

—Voy a tener que ir al banco, ¡me han robado la
chequera! —dijo saliendo.

Sofía no contestó. Ese día llegó su esposo, des-
pués de haber ido al banco.

—Vos sois la única persona que sabía dónde es-
taban esas llaves —le dijo, gritándole.

—Yo no tomé vuestra chequera, ya os lo he dicho.

—Fue mucho el dinero que perdimos —le seguía
gritando.

—Lo sé —respondió ella sin mirarlo, lo único que
hacía era limpiar con un dedo manchas de las ven-
tanillas, sin verlo, dándole la espalda— me lo habéis
dicho ya varias veces —comenzaba a desesperarse.

—Decidme ya, ¿quién ha sido? —le dijo fuerte.
Ella no contestó.

—Os estoy hablando —dijo el marido, alzando la voz.

—¡Que yo no lo he tomado! —gritó Sofía.

—Os lo advertí, os dije que si tocábais la chequera...

—No, lo siento, os digo que yo... —interrumpió
ella.

—Lo siento mucho mala mujer, iréis a donde de-
béis ir, ¡a la cárcel! —le gritó, quitando la mano que
Sofía tenía sobre su brazo.

El señor salió a pasos rápidos, azotando la puer-
ta y asegurándola para encerrar a su esposa en
aquel lugar. Sofía se levantó, fue a la ventana, fin-
gió ante ella misma seguir quitando manchas de la
ventana y, al ver partir el carro, se soltó en llanto.

Era un llanto incontenible que se convirtió en gritos que nadie escuchó.

Sofía fue encarcelada ese mismo día por la noche. Pasaron tres semanas antes de que su esposo fuera a visitarla.

—Jorge, Jorge, ¿dónde están mis hijos? ¿Jorge?

—Ya, están con mi mamá, están bien. Aquí están los papeles de divorcio. Firmad.

—Pero Jorge, ¿qué he hecho yo?

—Entended, no voy a estar yo con una mujer que se dedica a hacer cosas fuera de las que debe, lo siento mucho. Tenéis que firmar las cuatro hojas.

—No voy a firmar.

—¿Por qué? ¿No os bastó con arruinar mi imagen pública? —esperó— ¿y la de toda mi familia?

—Yo no he arruinado nada, por favor... —decía ella, en un humillante tono de súplica, estaba desesperada.

—Basta, basta ya, ¿váis a firmar?

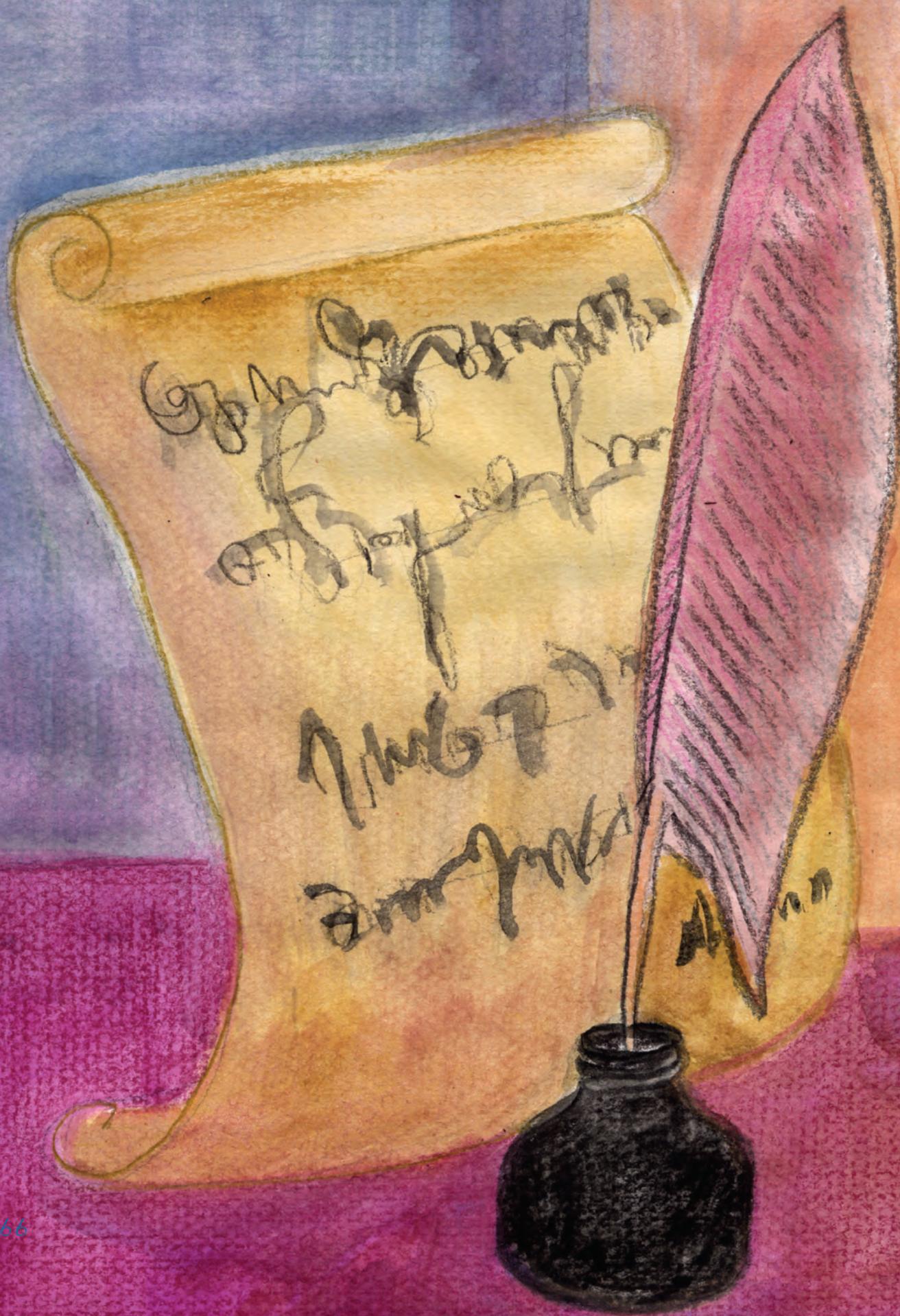
—No —dijo, contundente.

Jorge se paró, tomó sus papeles, la vio, de arriba abajo, haciendo muecas, y dijo:

—Tendréis que ceder —la miró— tarde o temprano, tendréis que ceder.

Él salió, enojado y lleno de orgullo, ella, volvió a hundirse en su desesperación y volvió a sus letras, ahora más tristes que nunca.

Así pasó otra lenta semana, una de las peores semanas para ella, sin ver a sus hijos. ¿Cómo estarán?, pensaba, ¿extrañarán a su madre?, repetía.



Una semana, la cuarta en prisión, recibió otra visita. No era justamente la que ella esperaba: la visita de sus hijos. Pero tampoco fue algo que arruinara más su día. Entró a la sala de visitas: dolida pero emocionada por la visita que estaba a punto de recibir. Era el muchacho de la imprenta.

—Hola señora, me he salido de mi trabajo por lo que no tengo mucho tiempo —el joven hablaba rápido al tiempo que se sentaba en la silla.

—¿Cómo habéis podido localizarme?

—Le he preguntado a vuestro esposo.

—¿Y os ha contestado? ¿Habéis visto a mis niños? ¿Están bien?

—No señora, no he visto a vuestros hijos, pero vengo a deciros que vuestra publicación ha sido un éxito. Mucha gente habla de Rodrigo Martínez. Sus manuscritos resultaron muy controversiales. Necesito vuestra autorización para crear más ejemplares. ¿Qué decís?

—No tenéis ni que preguntarlo.

—Qué gusto me da. Han sido buenas las ganancias así que si queréis dar a conocer más de lo que escribís... —dijo, dejando que ella adivinara.

—¿Podréis venir aquí, por ellos, por los manuscritos? Desde aquí no puedo salir a llevároslos.

—Estoy de acuerdo.

La condena de Sofía, por buen comportamiento, fue de nueve años. Pasaron los meses, Rodrigo Martínez seguía escribiendo a la sociedad, transformando las ideas machistas de esa época, ayudando a la gente a ser más consciente. Rodrigo Martínez estaba logrando, a través de sus reflexiones, a través de sus bellos textos que hablaban de igualdad, respeto y justicia, que las personas pensarán más en los derechos igualitarios y en una sociedad más justa y digna para todos.

Es necesario decir que, dos meses después de cumplir los dos años en la cárcel, Sofía ya estaba destrozada. Dejó de escribir. Rodrigo Martínez dejó la pluma durante largos meses. Después de procesos legales, Sofía tuvo que firmar el divorcio.

Pero Sofía recibió una tercera visita, después de tres años de sólo ver a una persona procedente de fuera de la cárcel, vio a un desconocido que llegó: era un hombre gordo, alto y fuerte.

—Buenas tardes tengáis señora —dijo el hombre, con una voz grave que salía de su pecho.

—Buenas tardes caballero, ¿cuál es el motivo de vuestra visita? —preguntó, asombrada de ver a un desconocido.

—Sólo quería preguntaros, ¿sois vos don Rodrigo Martínez? —dijo, rápido y directo.

—Bueno... —titubeó ella.

—Sé que sois vos, he leído vuestra obra, no creo que sea justo que estéis aquí, dejadme deciros que iré a hacer lo posible para que salgáis de este lugar, señora. Por ahora, me retiro —y el hombre se fue.

Sofía quedó sin respuestas a sus preguntas pero con una gran ilusión de salir. Esta ilusión la acababa de sembrar ese honrado hombre en la mujer. Al día siguiente, le dieron la orden de juntar sus cosas y salir de la cárcel, el honesto hombre la esperaba afuera.

—Mi nombre es Gustavo, servidor. ¿El vuestro es...? —dijo tímidamente.

—Marcela Sofía —dijo, lentamente, titubeando, y después añadió— ¿dónde están mis hijos?

—Están bien.

—¿Los tenéis vos? —ella hablaba ansiosamente, él, despacio y con calma.

—Así es.

—¿Cómo se los quitó a Jorge?

—Él —esperó— él me los vendió —dijo por fin armándose de valor.

Sofía lo único que hizo fue abrazar fuertemente a Gustavo. Él la separó de su cuerpo, la puso frente a él y, sacando de su bolsillo una pequeña caja, se hincó. Abrió la caja y dijo:

—Sofía, ¿queréis ser mi esposa?

Sofía y Gustavo se casaron poco después, formando una bonita familia en casa de Gustavo. Lograron hacer campañas para apoyar la igualdad de género, política y social. Sofía continuó escribiendo diez años más. Muchas mujeres se unieron a Sofía.

Ahora, después de muchos años, gracias a personas como Sofía, se está consiguiendo la igualdad de género y el respeto que las mujeres tanto merecen.

Cuando la
democracia
tocó la
puerta
de
mi casa

Simone
Bucio
Dovalí

Segunda categoría, segundo lugar



Esta es una de las muchas historias que puedo contar de mi familia; es una que cambió radicalmente nuestro estilo de vida para siempre.

Todo empezó cuando la abuela Dora se hallaba en un estado no muy bueno de salud. Estaba hospitalizada, tenía una enfermedad llamada osteoporosis que tiene que ver con la ruptura de los huesos; sus problemas eran en la cadera. Por esta causa mi mamá tenía que acompañarla en el hospital, por si mejoraba o empeoraba; ella pasaba la mayor parte del día en el lugar.

Por otra parte, mi hermano Fidel y yo no recibíamos la más mínima atención, pues mi padre trabajaba y como llegaba muy cansado, el poco tiempo que estaba en casa dormía o veía televisión encerrado en su cuarto, no se le podía molestar. Sin embargo comprendíamos el caso.

Mis padres buscaron mil soluciones al problema sin hallar ninguna, hasta que un día se le ocurrió algo a mi padre:

—Pondremos un anuncio en el periódico que diga: “Solicitamos nana para dos adorables criaturitas, para más información marque al teléfono 55-78-90-31”. ¡Si, así será!

Papá no tardó mucho en descolgar el teléfono y llamar al periódico para que publicaran el anuncio. Pasaron los días y nada, Fidel y yo estábamos muy desilusionados:

—Al parecer nadie quiere cuidar de nosotros —le dije a mi hermano con la cabeza cabizbaja. Papá nos ayudó a arreglarnos un día, parecía que iríamos a una de esas reuniones aburridas y formales del trabajo de mi padre, en donde pagábamos el costo de tener un papá orgulloso de sus hijos. Estábamos intrigados, pero papá no nos decía nada hasta que mencionó a la nana que estábamos buscando. Fidel y yo esperábamos que sonara el teléfono pero no que sonara el timbre, como sucedió, pues la llamada había llegado días antes y nuestros padres ni lo mencionaron.

A mi hermano y a mí nos brillaban los ojitos y corrimos a abrir la puerta, pero nos ganó papá, que se venía peinando. Abrió, y entró con rapidez una mujer pulcra y no muy maquillada, como si se acabara de bañar. Se acomodó al filito de uno de los sillones de la sala guardando su postura recta. Poco tiempo más tarde llegó mamá, quien salió temprano del hospital para venir a entrevistar a la que posiblemente sería la próxima nana de sus más preciados tesoros. Hablaron de algunas cosas y después de unos minutos mamá dijo: “¡Contratada!” “¿Cuándo puedo empezar?”, preguntó ella y mi mamá le contestó: “Ahora mismo”.

Fidel y yo subimos a nuestro cuarto con mucha emoción mientras mamá le enseñaba la casa; nos urgía estar solos para comentar nuestras impresiones. Un rato después entró la nueva nana y nos sorprendió hablando de ella, pero al parecer no le importó.

—¿Cómo se llama? —le pregunté muy ansiosa.

—Democracia, me llamo Democracia, pero de cariño pueden decirme Demo.

Mi hermano y yo nos carcajamos con una risa inevitable y sin guardarle aunque sea un poco de respeto a Demo.

—¿Cómo alguien se puede llamar Democracia? Eso jamás lo había oído como nombre de alguien, no sabía que se podía utilizar

así —dijo mi hermano entre risas, y la mujer respondió como si ya estuviera acostumbrada a ese tipo de comportamientos al decir su nombre.

—Y seguramente tampoco saben su significado.

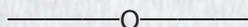
Mi hermano y yo nos quedamos serios, se nos acabó la risa y nos volteamos a ver uno al otro esperando que alguno pudiera dar una respuesta, pero nada, nos quedamos mudos.

La señora Democracia suspiró y dijo para ella:

—Tengo mucho que enseñar en esta casa.

Desde que la nana Demo llegó a casa todo cambió y cosas extrañas sucedieron.

La señora se sentía con todos los derechos que puede tener una persona de la familia. A mi hermano y a mí nos incomodaba mucho, pero nos tragábamos los comentarios por pena.



Un día llegamos a casa de un arduo día de escuela y resultó que se sentó con nosotros a ver la televisión. Nosotros teníamos poca experiencia en eso de las nanas, pero por ejemplo Clotilde, la nana de la vecina, no era así, ella comía en la cocina o se sentaba en la mesa después de que ya todos habían terminado. También doña Cleo veía la tele en su cuarto, que está apartado de la casa. Después de todo, nosotros jamás habíamos tenido una nana, como ya dije, todo lo había hecho nuestra madre como buena ama de casa y no sabíamos cuál era el buen comportamiento para una nana, pero por lo menos el comportamiento de ésta no nos agradó al principio.

Otro día entré a mi cuarto y las camas estaban destendidas. Esa vez no me aguanté las ganas y le reclamé furiosa, pero su excusa me puso a razonar:



—Yo también tiendo la cama donde duermo, porque la destiendo, ¿tú por qué no? Cada quien que arregle sus cosas y levante lo que tira.

—Pero a ti te pagan por hacerlo.

—No, a mí me pagan para acompañarlos a ustedes, para vigilar que coman y que no estén en peligro, pero si todos vivimos en esta casa, si todos usamos las cosas, todos respondemos por ellas. Si el asunto, señorita, es que a mí me pagan, que no me paguen y punto, no hay diferencia. A tu madre no le pagan, ¿o sí? Y ella hace más que yo, mucho más.

No entendí mucho en ese momento, seguía pensando que estaba un poco loca por lo que decía, pero me tranquilicé y no quise discutir para no meter a mis papás en problemas por quedarnos sin nana otra vez.

Mi hermano y yo desde ese día nos quisimos ahorrar las excusas de Democracia y hacíamos lo que su dicho tonto decía, recogíamos lo que tirábamos —al fin que lo pedía amablemente—, hasta que un día dejó de pedirlo. Nosotros automáticamente lo hacíamos. Pudimos acostumbrarnos a este trabajo y pensamos que lo demás sería fácil. Pero cada vez la situación empeoró.

Era la hora de la cena, yo quería huevos con frijoles y mi hermano quería hot cakes, pero Demo dijo:

—No, no, no, yo sólo haré una cosa, así que tendrán que ponerse de acuerdo. A mí me toca hacer la cena y les haré lo que decidan.

La cocina parecía un campo de batalla, nadie escuchaba a nadie:

—¡¡¡¡¡Huevos con frijoles!!!!

—¡¡¡¡¡Pero yo quiero hot cakes!!!!

—¡Silencio, silencio!!! Vamos a votar y la mayoría gana, es lo justo.

Fidel y yo nos quedamos viéndola como si estuviera en otro planeta, mamá hubiera terminado haciendo las dos cosas aunque fuera más trabajo, ella nos complacía y punto. Sabíamos bien lo que significaba votar, pero esa idea en este caso era prácticamente loca.

—Pero eso no puede ser, somos sólo dos personas y las dos queremos cosas diferentes, ¡será un empate siempre! —dijo mi hermano con cara de que votar por una cena era absurdo.

—Yo veo tres personas aquí, y si hubiera veinte que deban cenar el día de hoy, las veinte tendrían que votar, ¿no es así? —dijo la señora Democracia defendiendo sus derechos.

La votación se concluyó sin problemas y acepté cenar hot cakes, pues había salido minoría. Después de todo, había sido divertido. A partir de ese incidente todo fue votado en casa, incluyendo de vez en cuando a papá y a mamá en las votaciones.

Mágicamente, en una ocasión mi hermano, la nana y yo nos pudimos poner de acuerdo sin votar. Encontramos un modo en el que todos podíamos opinar siempre y cuando no interrumpiéramos a los demás cuando hablaban: el diálogo.

Había veces en que era imposible ponerse de acuerdo, fue ahí donde surgieron los acuerdos como:

—Si tú quieres albóndigas, tú salpicón y yo pollo frito, se hará una cosa por día.

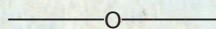
—Si yo hago la cena hoy, les toca lavar los tras-

tes y mañana será al revés: ustedes cocinan y yo lavo, así podremos sentarnos a jugar un rato algún juego de mesa.

Creo que llegamos a formar un buen equipo, hacíamos lo que teníamos que hacer entre todos en unos minutos y teníamos mucho tiempo libre para estar juntos.

Todo en la familia iba teniendo cierta armonía y se hacía todo a su tiempo. Ahora hasta papá ayudaba en las labores de la casa, yo creo que se sentía excluido y quiso participar. Sin embargo Fidel, la nana Demo y yo pensábamos que mi padre no hacía nada mal el trabajo en equipo; hasta yo lo veía más feliz.

Así, Democracia fue cambiando poco a poco pero radicalmente nuestro modo de vivir.



Un largo y provechoso mes estuvimos con Demo, hasta, que la abuela Dora sanó, o por lo menos pudo regresar a su casa. Así que mamá volvió y la nana que ahora era querida por todos –hasta por papá– tenía que irse, pues ya no hacía falta en nuestra familia. Ya había cumplido con su trabajo.

Democracia pidió a mi mamá quedarse unos días más en lo que encontraba otro trabajo, y en el fondo yo sabía que esto era parte de uno más de sus planes: no dejaría que mamá viniera a echar a perder todo su trabajo, lo cual sucedió de inmediato, todo en casa volvió a ser como era antes.



Mamá cocinaba a todas horas y recogía todo mientras papá trabajaba o veía televisión. Afortunadamente nosotros ya éramos los cómplices de Demo y había que hacer que mamá entrara al equipo. Habíamos entendido bien que no era justo que alguien trabajara todo el día por uno sin que le quedara tiempo para hacer cosas para ella. Teníamos que seguir intentando, al menos, hacerle más fácil la vida. Así era como las cosas funcionaban mejor: con equilibrio y más justicia para todos.

Al regresar a hacer todo en equipo, hasta con nuestro padre, mamá quedó sorprendida de lo que podíamos hacer todos juntos como familia.

Una semana más tarde Democracia tuvo que irse, pero su espíritu quedó entre la familia. Poco a poco Fidel, mamá, papá y yo fuimos transmitiendo a las personas con las que socializábamos en el edificio, en la escuela, y mi papá en su trabajo, la democracia que ahora ya era parte de nuestra forma de vivir.

Mi
hermano
Joaquín

Rebeca
Marichalar
Guezada

Segunda categoría, tercer lugar





Han sentido alguna vez la emoción de que les pregunten qué preferirían hacer? Se siente muy bien que te tomen en cuenta.

Esto se volvió muy frecuente en mi casa desde el accidente de mi hermano mayor, Joaquín. Puede que se escuche extraño, sobre todo en este siglo, pero mi hogar era uno de esos en los que se hace lo que el “hombre de la casa” dice. En este caso, ese hombre es mi papá, don Teodoro Ramírez.

Mi nombre es Nayeli, tengo 14 años y estoy cursando el segundo año de secundaria (lo cual es casi un milagro, porque mi papá cree que las mujeres no deberíamos estudiar). Vivo en el pueblo de Cocula, Guerrero. Les diré que pienso ser periodista, pero no una de esas de las columnas de chismes, sino de los reportajes y noticias importantes; es importante que lo mencione porque de aquí se derivó un problema que cambió mi vida.

Mi hermano Joaquín siempre le ha reprochado a mi papá el que quiera sacarme de la escuela y no me quiera dejar estudiar, y en cambio a él y a mi hermanito Luis sí.

Siempre, desde que tengo memoria, me ha parecido que mi mamá está sometida a mi papá; así que el único otro apoyo que tengo es mi tío Narciso, que vive con nosotros y tiene la mente más abierta. Aunque mi papá diga que es un bueno para nada, lo aprecio porque siempre tiene tiempo para charlar con nosotros.

Una de esas veces que Joaquín nos vino a visitar, ya que vive y estudia en Chilpancingo, me invitó al zócalo a tomar un helado, montamos los caballos y fuimos. En el zócalo, don Nacho hace unas paletas deliciosas y siempre que puedo y me alcanza, voy y le compro una de sandía, que es mi fruta favorita. Joaquín pidió una nieve de limón y propuse que nos fuéramos a sentar en un banco

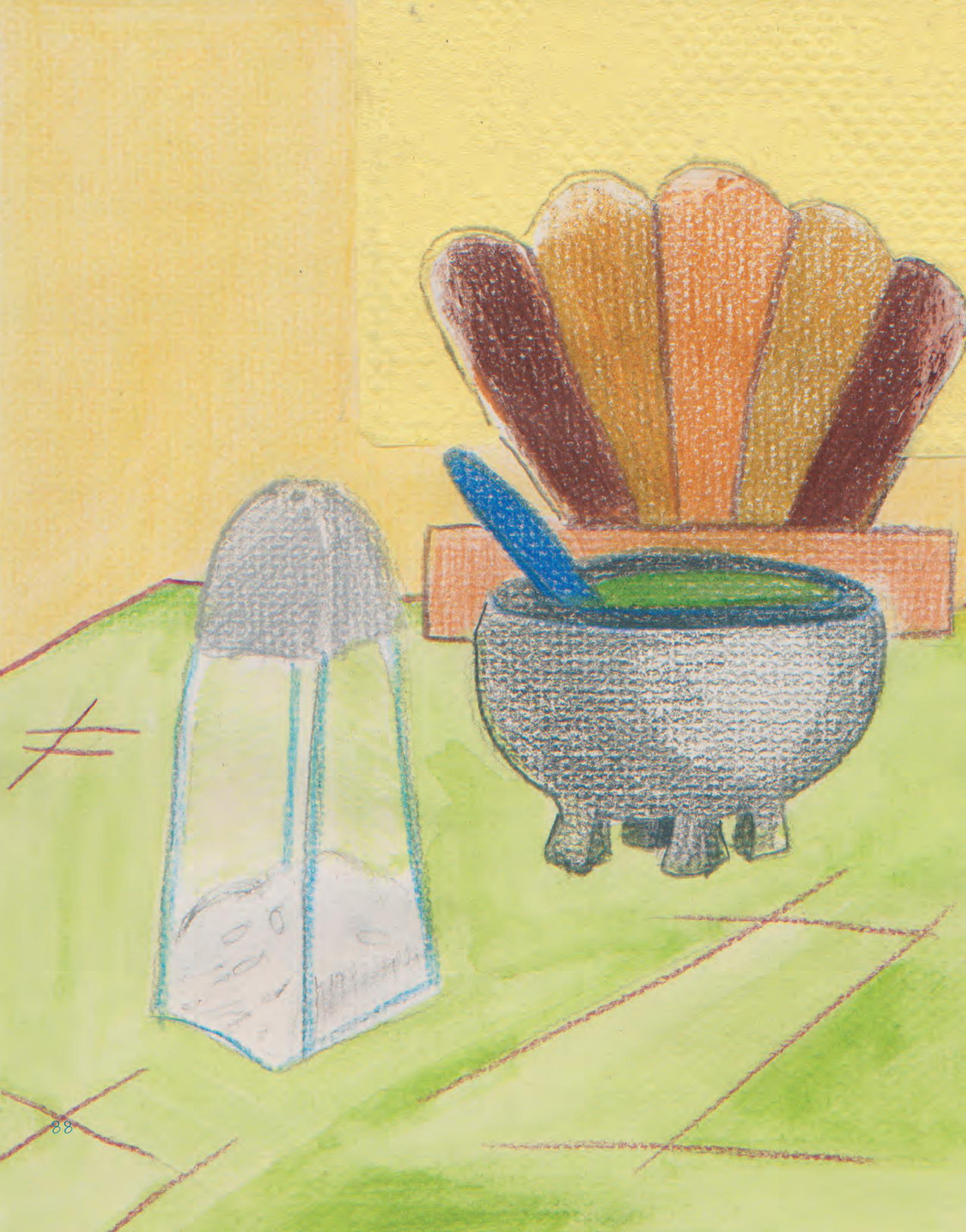
frente al kiosco. Comenzamos a platicar de todo, de la escuela, los amigos y otras cosas.

De repente, frente a nosotros llegó un trío, que aunque no cantaban bien se veía que se esforzaban y no te hubiera molestado darles una moneda.

En conjunto con la música que teníamos como “de fondo”, hablamos de todas las cosas de las que hablas con tu hermano favorito; reímos tanto que comenzó a dolerme el estómago. Fue entonces cuando él me preguntó qué es lo que pensaba estudiar, y de pronto ese dolor de estómago se convirtió en náusea. Yo ya había pensado en qué decirle si me preguntaba eso, era una pregunta para la que debía estar preparada, y sin embargo me pasó por la cabeza un inexplicable miedo a ser reprendida. Joaquín quería que yo estudiara, no se molestaría si le decía que quería estudiar periodismo, y aún sabiendo eso mi corazón albergaba una profunda sensación de angustia. Me había quedado muda, no podía responder a tan sencilla pregunta. Había esperado que me hiciera esa pregunta para poder responderle orgullosa mi anhelo y, con todo y eso, no podía emitir palabra alguna. Joaquín debió notarlo y creo que fue por eso que trató de cambiar la conversación, incitándome a que mirara a toda la gente que se divertía bailando en el kiosco. Mis ojos los enfocaron, pero mi mirada estaba dentro de mi cabeza, que albergaba una duda enorme que me carcomía el pensamiento y el corazón y me daba dolor de cabeza. ¿Cumpliría mi sueño?, ¿sería periodista?, ¿me dejaría estudiar papá?

Por primera vez me asaltaba esa inquietud que me hizo comprender mi miedo. No, mi papá no me lo permitiría, lo sabía muy en el fondo, y esa esperanza que nace de la niñez se borró y se fue para siempre; de repente ya no me sentía tan libre y dichosa como hasta entonces. Sentía que un peso muy grande me oprimía el corazón.





Tendría que dedicarme a la casa como mi mamá. La sola idea de derrochar así mi vida me repugnó y me estremeció. El pensar que no pasaría de tercero de secundaria me hacía sentir escalofríos.

Sentí mi mejilla húmeda y me di cuenta de que estaba llorando y de que mi hermano me observaba; ¿cuánto tiempo había pasado? No lo sabía y no me importaba, quería seguir lamentándome de mí misma cuando Joaquín, pensativo, tomó mi muñeca; aún estaba yo ensimismada en mis pensamientos, sentí un tirón en el brazo que hizo que me levantara. Una mano me guiaba, no sabía a dónde, pero lo hacía y sólo me dejé llevar por ella, era muy reconfortante.

De improvisto desperté como de una pesadilla, y cuando volví a la realidad me sentí aliviada y me encontré a mí misma bailando en el kiosco con Joaquín. Sonreí y él sonrió. Me divertí mucho esa tarde, olvidé el peso que oprimía mi corazón y me dediqué sólo a bailar al compás de la música con mi hermano mayor.

Ese atardecer lo miramos desde el zócalo, y no he vuelto a ver uno tan colorido, deslumbrante, hermoso e intimidante hasta ahora.

Regresamos a casa recordando todo lo que habíamos pasado ese día.

He oído decir que algunas personas cenan poco. Bueno, eso en mi familia sería un pecado; esa noche, a la hora de la cena, todo iba muy bien hasta que mi papá le pidió el salero a Joaquín, él se lo dio y después le preguntó por qué no me dejaba estudiar medicina como a él. Mi papá aguantó la respiración y, con una muy mal disimulada impaciencia, le dijo que no pensaba que eso fuera lo correcto.

—¡Déjela que estudie medicina, le hará bien salir de este pueblo!

—¡Las mujeres no estudian ni trabajan, Joaquín! ¡¿Qué no le he enseñado eso?!

—Eso no es verdad, yo conozco a muchas profesionistas que son mujeres —le dijo Joaquín con calma a mi papá.

Sacó de quicio a mi papá y éste le arrojó, como si fuera un cavernícola, la cuchara con la que estaba comiendo los frijoles, pero Joaquín la esquivó.

—Déjela intentarlo —insistía—. Si no da resultado, se saldrá de la escuela.

—¡No seas insolente Joaquín, a la mujer Dios la hizo para que tuviera hijos y diera de comer al hombre! —mi papá estaba enfadado de verdad.

—¡No meta a Dios en esto! —toda la familia es muy religiosa.

—¡La dejé que estudiara la secundaria, y no pasará de ahí!

—¡Pero ni siquiera le ha dado la oportunidad!

Me retiré, no quería verlos discutir así por mi futuro. Ni siquiera me habían preguntado nada. Finalmente escuché un portazo, Joaquín se había ido.

Me preocupé, habían discutido en serio, y llegué a pensar que no valía yo la pena. De todos modos, convencer a mi papá no es difícil, es imposible. Por mi culpa, mi hermano y mi papá habían discutido. Ya no seríamos una familia feliz. Entró mi papá a mi cuarto, me preguntó que si yo le había dicho a Joaquín que le dijera todas esas barbaridades. Respondí que no, y como no me creyó, me lanzó una bofetada que me hizo caer

tendida en mi cama. No quería hablar con nadie, mi papá me había castigado todo un mes, no podría salir de mi casa y debía ir a ayudarlo a recoger la cosecha al campo.



Era casi medianoche y Joaquín aún no había vuelto. Me empecé a preocupar aún más, él nunca se tardaba tanto en regresar, por más enojado que estuviera.

Lo esperé una hora más y no volvió.

Desobedeciendo a mi papá –algo que nunca había hecho y sin embargo ahora consideraba necesario–, salí de mi casa y monté mi yegua. Iba tan rápido como podía en la oscuridad de la noche.

Busqué a Joaquín por todo el pueblo; no es tan grande, pero no lo hallaba. Pregunté por él en casa de sus amigos, de los vecinos, fui al zócalo y a la entrada del pueblo; empero, por más que buscaba, no lo encontré.

Comenzó a amanecer y cada vez veía con más claridad. Busqué a Joaquín sentado en una banqueta, tirado de cansancio o hasta de borracho, pero no había el menor rastro de él.

Hasta entonces no se me había ocurrido ir a buscarlo a la carretera. Me carcomía la angustia, pero fui a buscarlo ahí. Tal vez había decidido regresar a Chilpancingo; me iría con él si era así.



Me dirigí a la carretera que va hacia la capital del estado. Busqué por todos lados y me detuve a descansar en la parada del camión. Miré hacia delante y lo vi del otro lado tirado; con cuidado y mucho trabajo, crucé la carretera para encontrarme con él, feliz de haberlo hallado.

Pero lo que vi a continuación me quitó toda sonrisa de la boca y me puso lágrimas en los ojos. Habían atropellado a mi hermano, mi mejor amigo y confidente. No hallaba yo qué hacer, lloré amargamente durante algún tiempo y después reaccioné. ¡Tal vez podrían salvarlo! Aún escuchaba su entrecortada respiración. Lo tomé por las axilas y el pecho y lo arrastré hasta mi yegua. Con mucho trabajo lo subí a ella y después me subí a la silla; sosteniéndolo me encarreré hasta llegar al Seguro Social.

Llegué allí, le dije a una recepcionista que habían atropellado a mi hermano y que estaba grave, me contestó que no bromeara con cosas como esas y que me fuera a mi casa. Le dije que no era broma, pero aún así no me creyó. Fui con otro recepcionista y pasó más o menos lo mismo. Entonces me encontré con un viejo amigo de mi hermano, mucho mayor que ambos, Fernando:

—¡Hola Nayeli!, ¿cómo estás? —me dijo sonriendo.

—¡¡Tienes que ayudarme, por favor ayúdame, mi hermano... mi hermano...!!

—¿Qué pasa con Joaquín? —preguntó alarmado.

—Lo, lo... —tartamudeaba, no podía decir nada.

En eso, Fernando vio a mi hermano con la cabeza hacia atrás recargado en una butaca de la sala de espera. Se alarmó muchísimo.

—¿Qué ocurrió, Nayeli? —me dijo muy serio.

Ninguna palabra salía de mi boca. Fernando es doctor, así que envió por una camilla y llevó a mi hermano a urgencias.

Cuando regresó, yo seguía allí, parada sin decir nada.

—No te apures Naye, tu hermano va estar bien, ya lo están revisando. ¡Dios mío, estás muy pálida!

Me recostó en una silla y me trajo un refresco y un pedazo de chocolate.

Me dolía el estómago de angustia.

—¿Por qué no regresas a tu casa?

Al principio no quería, pero después tuve que hacerlo.

Volví a mi casa, en la puerta estaba mi papá muy enojado y cuando entré, me tiró al suelo y me pateó.

—¿Qué hacías fuera?!

—Atropellaron a Joaquín.

—¿Qué hacías fuera?!

—¡¡Cielo santo, escúchame, atropellaron a Joaquín!!

Mi mamá salió corriendo de la cocina, y por primera vez, la oí hablar a ella:

—¿Qué?!

Salió corriendo de la casa a todo lo que daban sus piernas, Luis y yo la seguimos. Mi papá nos miró con desagrado y luego fue detrás de nosotros:

—¿Dónde está, Nayeli?!

—En el Seguro.

Corrimos a todo lo que nos dieron las piernas y cuando llegamos y nos dejaron pasar a todos menos a Luis, vi a Joaquín recostado, con magulladuras, muchas vendas y muchos moretones. Vi a mi papá muy dolido y mi mamá comenzó a llorar.

Salió Fernando a decirnos que todo estaba bien, que mi hermano se recuperaría.

Y lo hizo, pero en mi casa ya nada volvió a ser como antes.

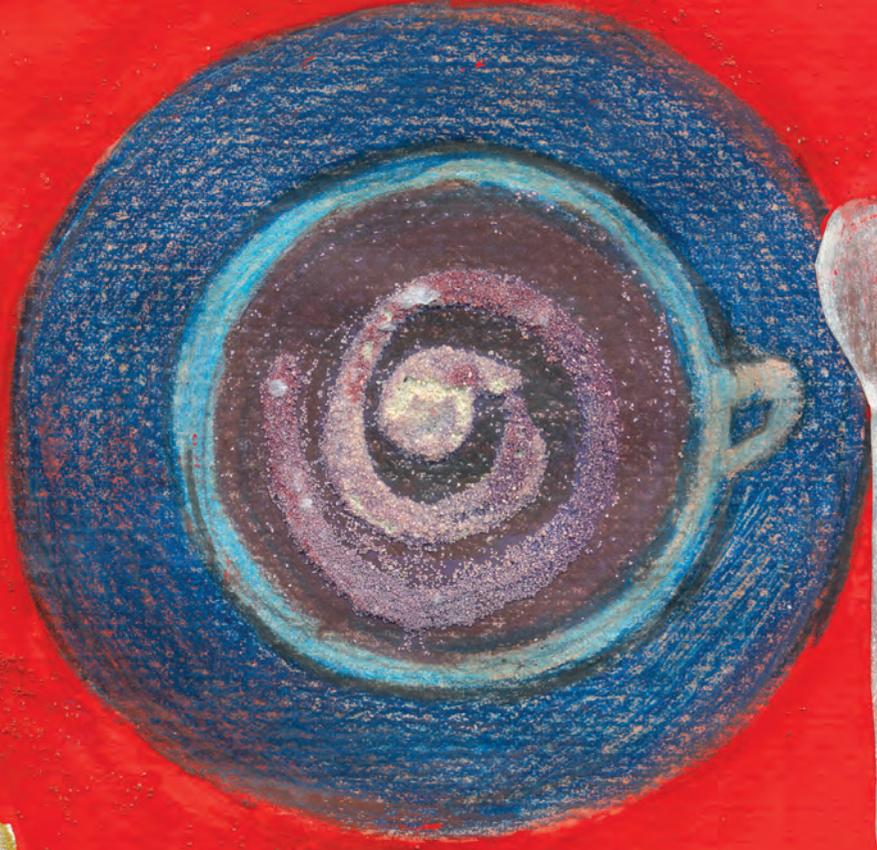
Mi papá nos toma más en cuenta y nos pide nuestra opinión, desde qué queremos comer, hasta a dónde nos parece que debería sembrar. No estoy acostumbrada a que me pregunten, así que la mayor parte de las veces me muestro indiferente.

Sé que me dejarán cursar la prepa y espero que también la universidad, para que cuando sea periodista, le haga saber al mundo mi historia.

La
historia
de la
vida

Fátima
Adaliz
Sánchez
Trejo

Tercera categoría, primer lugar



“¿Puedo pasar?” Era la señorita de recursos humanos, la cual me decía que había ya un candidato con las cualidades y el perfil que requería el puesto de jefe del Banco de Sangre. Tomé el curriculum y los exámenes psicométricos, me percaté de que, en verdad, el aspirante era una persona muy apta y sobre todo joven, que estaba titulada y tenía una especialidad. Le indiqué que lo iba a revisar, ya que yo soy el director general del Instituto Mexicano del Seguro Social y tengo que dar el visto bueno. Pero, en realidad, yo ya tenía una persona en mi mente: mi amigo de la facultad.

Los dos cursamos juntos la licenciatura en medicina y quién mejor que él para estar conmigo. Sin mencionar que yo tenía planeado dar el enganche de un auto nuevo y él podría ayudarme a conseguir este lujo ya que, como favor con favor se paga (pensé), él tendría que darme una cierta cantidad de dinero por darle el trabajo.

El reloj dio la alarma de las 15:00 horas para ir a comer. Yo pensé: mmmm, aprovechando el tiempo de descanso, pasaré a la casa de mi amigo para informarle de mi plan y de la oportunidad que le estoy brindando. Como él vivía muy cerca, decidí irme caminando, ¡qué flojera sacar el coche! Empecé el camino. Pensaba cuánto dinero le pediría a cambio del favor. Me dije: obviamente me lo tendrá que dar cuando cobre su primera quincena.

En ese instante alguien dijo: “¡cuidado!”. Era un hombre el que me gritaba. Sentí un fuerte impacto en mi cuerpo y no supe más.

Me despertaron los gritos y los lamentos. “La revolución de la verdad ha empezado”, gritaba la voz de una mujer. Salí corriendo, los niños se abalanzaron hacia mí con un gran abrazo reconfortante. Me desenvolví de ellos. Me sentía extraño, no sabía qué pasaba, ni dónde estaba. Fui corriendo a la calle, se me cayó el alma hasta los pies: ¡no había nada!, sólo mi alma en pena y mi locura constante. Escuchaba voces por todos lados y no veía a nadie. ¿Me estaré volviendo loco o estaré dormido todavía?

No. Pero los niños, ¿por qué me abrazaron? Traté de recordar los últimos instantes en el hospital, pero no me acordaba de nada. Sólo sentía un fuerte dolor en la cabeza.

Seguí caminando y observé a lo lejos a mi esposa que lloraba. Estaba comprando flores. Yo le dije: “Ana, ¿qué haces aquí?”. Ella me ignoró, tomó las flores y emprendió camino rumbo a donde se escuchaban los lamentos. Era un lugar, que yo conocía porque había ido ahí cuando falleció el hijo de un paciente. Al leer un letrero quedé helado: “Funerales Gayoso”. Entré corriendo para ver la lista de fallecidos. Con gran terror encontré mi nombre: había muerto.

En ese instante me tocaron el hombro. Era la persona más hermosa que jamás haya visto. Antes de que preguntara “¿quién eres?”, ella me respondió:

—Soy tu guía astral, te voy a dar la oportunidad de morir con honor, ya que tu vida estuvo basada en la corrupción, no tuvo ética ni valores. Ahora sabrás que vale la pena luchar por algo.

Ella desapareció. Mi cabeza se convirtió en un mar de pensamientos, mis pies se elevaron medio metro y sentí como si fuera a desfallecer. Grité de dolor. Toqué mi rostro al mismo tiempo que cerraba los ojos, sentí una palmada en la espalda y oí un grito que me decía:

—Canijo, no dejas dormir con esos gritos.

En cuestión de segundos cambié de escenario. Ahora estaba en la sierra, vestido con manta, guaraches, un algodón y un sombrero andrajoso. No parecía haber la más mínima civilización. Tuve que quedarme sentado junto a aquel hombre que me gritó, en espera de saber dónde estaba.

—¡Despierta que nos tenemos que ir!

Era de día y todos estaban apresurados levantando el campamento ya que, por lo que escuché, habría una reunión con un líder. Fuimos todos, caminamos cerca de 40 minutos y la gente gritaba: “¡Viva la revolución de la libertad, viva la verdad, abajo el autoritarismo y por siempre igualdad!”.

Apareció un personaje. Me parecía muy cono-

cido. De pronto todos gritaron: “ ¡Viva Villa! ”.

—Por Dios —grité, y casi me atraganto—, estoy en la época de la Revolución Mexicana. Era 10 de noviembre y comenzaba el levantamiento de armas en contra de la dictadura y el acaparamiento de las tierras, y en favor de la libertad económica.

Un muchacho me dijo:

—Oye Manuel, toma este traje, báñate y péinate, pasarás inadvertido si te haces pasar por el secretario del notario. Aprovecha porque eres el único que sabe escribir. El señor Samuel va a dictar su testamento pero, como es muy amigo del presidente, a ver qué le sacas en relación con el levantamiento.

Dos horas más tarde me llevaron a caballo a una ciudad estilo colonial. El notario se me acercó y me dijo:

—Apresúrate que nos están esperando.

Tocamos en una puerta de madera. Un indio salió y nos abrió. Nos hizo pasar a la sala. Estar ahí era como estar en un museo: los muebles, las lámparas, los cuadros, todo era impresionante. Hice un gran esfuerzo por no abrir la boca de asombro.

—Pasemos a mi despacho, tomen asiento —nos dijo el notario enseguida.

Yo había sacado ya papel, pluma y tintero. El notario me empezó a dictar:

Por el presente medio yo, don Alberto Castellano Gasorpe, notario, doy posesión del testamento de don Samuel de León de la Barrera Beltrán Vieren, secretario de la Cámara de Diputados.

Yo, don Samuel de León de la Barrera Beltrán Vieren, con plenas facultades mentales expongo mi última voluntad a mi suerte: mi cuerpo va a ser velado en la hacienda de San Miguel Allende, propiedad de la familia, sin ningún acto religioso. Posteriormente mi entierro será en el panteón de La Parral.



A mis hijos, Antonio de León de la Barrera Beltrán Vieren y Gamboa y Francisco de León de la Barrera Beltrán Vieren y Gamboa, les dejo mis tierras, mis haciendas y el setenta por ciento de mi fortuna. A mi hija Victoria de León de la Barrera Beltrán Vieren de Mariscal le dejo el quince por ciento de la fortuna. A mi esposa Valentina Valdez Salcedo de León de la Barrera el otro quince por ciento. Así, con profundo agradecimiento al presidente de este país, gran amigo y honorable señor por que este país está en su mejor momento, don Porfirio Díaz: ¡muero!

Al terminar de escuchar esto se me puso la cara tan roja de coraje que no lo pude controlar, se me salió un resoplido de desacuerdo. Don Samuel, como se dio cuenta, con cara de enojo le dijo al notario que se debía fijar bien a quién contrataba. Al salir de la casa grande, el notario me llamó la atención y me despidió.

Todo esto se lo platicaba a Moisés, que era aquella persona que estaba cuando llegué aquí, la misma persona que me dio la ropa.

—Vaya amigo, la verdad es que ¡tienes un genio!

¿Amigo? Nadie me había dicho así en años.

—Manuel andas como tonto. Te estoy diciendo que tu mujer te está gritando que te vayas a cenar. Yo ya me voy con la mía buenas noches.

Entonces, yo era Manuel.

Entré al jacal donde escuchaba que me llamaban. Un abrazo sincero y un beso me despertaron a la vida. Más tarde, embriagado de pulque y de tanta vida que jamás había visto estaba acostado, acurrucado con una india llamada Mariana: prieta, ojos grandes negros y bonitos, con trenzas que colgaban hasta la cintura y un vientre abultado. Estaba embarazada. Yo le calculé unos cinco meses. Concluí que ese niño era mío y que ella era mi esposa.

Me vencieron pronto el sueño, el cansancio, la tenue luz del sol y el humo de los comales. El olor de la masa me despertó. Me sentía muy raro, no extrañaba a mis hijos ni a mi esposa.

—Ten Manuel —un café en jarro de barro y dos tacos con frijoles me supieron a gloria.

—Dice Moisés que vayas con él a no sé dónde. Pero antes, te aviso que tu hermana está enferma, vé a verla.

Me sentí profundamente agradecido. Sentí un amor tan grande por mi esposa. ¡¡Estaba feliz!! Porque era mi vida sin lujos, tendría que morir y tenía verdaderos amigos. Era perfecto todo.

—Sí Mariana, ¿no sabes para qué me quiere este Moisés?

Veinte minutos más tarde estaba platicando con Moisés. Me decía que nos teníamos que reunir con las demás tropas, acampar cerca del río de Santa Elena y esperar ahí la señal para atacar.

—Bueno nos vamos ya entrada la noche.

—Está bien, nada más me voy despedir de mi hermana y de mi mujer.

—¡Pero si van con nosotros!

—Pero son mujeres.

—¿Y eso qué? —me dijo Moisés, un poco molesto.

De repente me acordé de que, en la Revolución, participaron también mujeres. Y guardé silencio por un momento. Después, le dije que de todos modos iba a verlas para avisarles. Él me dijo que sí, que había que informarles de la situación. Dimos unos treinta pasos y nuestros caminos se separaron, cada uno tomó una ruta diferente.

Me metí al único jacal que estaba cerca. Una mujer burguesa con rasgos finos, blanca y muy hermosa, con una sonrisa sincera y llena de paz y, curiosamente, vestida como india, me habló. Yo me

quedé callado hasta que me dijo:

—Bueno no me vas a preguntar: “Flora ¿cómo estás, sigues enferma?”.

Sólo le pude responder:

—Perdón hermanita, ¿cómo estás?

—Bien gracias, ayer me vino a ver Mariana, tu mujer. ¿No te dio la buena nueva? Es que estoy embarazada, tengo como dos meses.

—Felicidades Flora, me da mucho gusto.

—¿Y qué no me vas a dar un abrazo?

—Ah si, perdón.

Me quedé escuchándola fascinado, ella me contaba todo lo que hicimos de niños. Después, cambió su tono de voz.

—Recibí un telegrama de mi mamá, me dijo que está en Europa. Me pidió que regresáramos con ella pero le dije que no.

Conforme iba pasando el tiempo y la plática se hacía más amena, me iba dando cuenta de por qué mi hermana era blanca y yo era el único que sabía escribir. Mi padre y mi madre se habían ido a Europa, según decían porque no aguantaban a tantos muertos de hambre, ya que éramos de una clase burguesa. Pero, al parecer, mi hermana y yo les dimos la espalda a la riqueza, a los lujos y a mis padres. Al final decidimos ser indios por convicción y luchar por una causa justa. Me despedí de Flora y me dirigí a mi casa con Mariana.

—Mujer, nos vamos al río de Santa Elena, pre-para todo, yo voy al pueblo a comprar unas cosas.

—Sí, ¿pero qué vas a comprar si no tenemos mucho dinero?

Al anochecer ya con cobijas, petates, machetes, escopetas, y comida nos dirigimos al río de Santa Elena. Primero se fueron Moisés y unos tres hombre más, después un extraño y yo, atrás de nosotros venían 20 personas más, mujeres y niños.

Después de caminar un rato me animé a preguntar a la persona que iba conmigo al frente quién era. Con cara de asombro me dijo que era mi cuñado.

—Ah sí, es que no te reconocí en la oscuridad —no se me ocurrió decir otra cosa más convincente.

Caminamos una hora, hasta escuchar el río. Nos acercamos con cautela con las armas en las manos. Esperamos juntos todos los que vivíamos en esa comunidad, éramos como cincuenta. Oímos la señal de que podíamos seguir río abajo para acampar.

Cuando llegamos al lugar, encontramos otros 150 indios acampando, cantando corridos a la luz de la fogata, los niños jugando, las mujeres chismorreando. No parecía haber revolución, la gente era feliz con todo y muertes y desgracias. Mi mujer, mi cuñado y mi hermana acampamos y juntos alzamos la tienda.

La mañana siguiente amaneció nublada, como si el tiempo y el espacio estuvieran a nuestro fa-

vor, así era más fácil que no nos encontraran. Pasó una semana, todo seguía igual.

Hasta que hubo una emboscada en el cuartel de Masones, cerca de la hacienda donde estaba Villa.

De inmediato todos fuimos hacia allá para ver si había sobrevivientes y armas. Encontramos más de la mitad de la gente viva. Habían hecho escondites muy buenos, tipo sótano, en cuevas. Y los indios se escondieron ahí por si había otra emboscada.

Yo me previne y compré vendas, hilo para coser heridas y aguardiente, todo lo necesario para los primeros auxilios. Entré a una cueva, me pareció escuchar quejidos, me encontré con la persona más buscada: ¡con Villa!, que estaba herido ya que le habían dado un balazo en el hombro.

—¡Me dieron esos canijos!

—Sí, ya me di cuenta. No te muevas, te voy a sacar la bala. Espérame tantito.

Salí corriendo a buscar a Moisés, mi apoyo incondicional.

—Moisés ven, encontré a Villa, le dieron en el hombro.

—Vamos.

Ahí en la cueva, sin saber cómo comenzar me sentía nervioso, si no lo hacía bien podía cambiar la historia.

—Despierta Manuel, de verdad que estás soñando. Ándale, yo lo agarro y tú le sacas la bala.

—Sí, pero no hay anestesia.

—Bueno, no importa dale un trago de aguardiente.

Con un cuchillo se la saqué. No salía ni un solo grito de dolor de su garganta. Sólo se retorció. Lo cosí y lo vendé. Se quedó un buen rato quieto, esperando que se le pasara el dolor, hasta que se quedó dormido.

Unas horas más tarde, con ayuda de todos, ya habíamos curado

otras heridas y sacado más balas de otros combatientes. Después comenzamos a enterrar cuerpos.

Era la una de la madrugada cuando todos los sobrevivientes y Villa nos fuimos al río de Santa Elena. Juntos todos. Ahí festejamos a los muertos matando gallinas y cocinando mole. (Un poco raro para mi gusto, en lugar de guardar luto, festejamos.) Amaneció con un sol expresivo que festejaba con nosotros y también guardaba el luto a los fallecidos.

—Manuel tienes que ir con Villa a su tienda —me dijo Mariana.

—¿No sabes para qué me quieré? —respondí.

—No sé, pero ya vé.

Antes de ir, le pregunté a Mariana:

—Oye Mariana ¿cuántos meses tienes?

—Como siete u ocho, no sé ¿por qué?

—Es que ya te ves bien panzona.

—Qué grosero, lo bueno que es tu hijo, si no —me dijo con una sonrisa.

—Bueno, bueno ya, perdón Mariana, mi prieta linda.

—Ya ¡que te vayas! te están esperando.

—Sí, ya voy patrona.

Entré a la tienda y un olor a gloria me invadió.

—Te estaba esperando, tú vas a ser el cabecilla de esta tropa, yo tengo que ir a Santa Ana.

—Pero ¿yo por qué?

—Me demostraste ser una persona fiel y tú eres una persona valiente.

Mis ojos se llenaron de lágrimas aparentado despreocupación.

—Entonces ¿sí o no?

—Pero no puedo aceptar esto, también mi amigo Moisés me ayudó.

—Para la Revolución no hay amigos, ni hijos, ni mucho menos esposa, tú me caes bien por que me enteré que dejaste la riqueza de tus padres para luchar por esta causa.

—Lo siento, no puedo aceptar.

—Bueno, haz lo que quieras, puedes llevar a ese amigo tuyo.

Salí corriendo hacia la tienda; Moisés tenía un gran enojo por causa de Villa.

—Moisés ¿qué crees?

—Sí, ya me enteré que vas a ser el cabecilla de esta tropa.

—¡No! La vas llevar tú y yo voy a ser tu lacayo.

Una sonrisa escapó de su rostro y, con una mirada expresiva, me dijo:

—Eres un canijo, porque vas a tener un patrón que es tu mejor amigo.

Esa noche dormí con una satisfacción enorme. Yo habría podido salir en la historia, ser un héroe y, por primera vez, no pensé en mí. Me sentía feliz. Para colmo de mi felicidad, esa misma noche dio al luz Mariana, con ayuda de la partera. Nació un niño precioso, prieto, ojos grandes igual a su madre.

—Canijo, despierta, nos tenemos que ir. Ya avisé a la mayoría, recoge tu escopeta, ya nos vamos a la Revolución. Que la virgen nos ayude.

Me vestí como pude, salí corriendo, no sin antes darle un beso a Mariana y decirle que la amaba.

Ya en la batalla, cansado de tanto correr y gritar y sostener la escopeta, finalmente me dieron en un hombro. Giré la cabeza y ob-

servé con detenimiento: la mayoría tenía heridas de bala, pero todos de pie. Sonó un grito, mis ojos una vez más se llenaron de lágrimas: era Moisés, casi moribundo. Me le acerqué: él tumbado en el piso y yo de rodillas hacia él.

—Canijo, yo siempre supe que no eras tú, pero déjame decirte que eres mejor que el antiguo Manuel, gracias por ser mi amigo. Te toca a ti luchar por la democracia y por la igualdad de nuestra raza.

—Se me heló la sangre al oír eso, no supe qué decir, sólo vi morir a Moisés.

La Revolución acabó, Villa fue fusilado, conseguimos la igualdad, la verdad, la democracia, el reparto de tierras.

—Duerme que mañana te vas.

Soñé con mi primera esposa, con mis hijos felices viajando con el seguro de vida que dejé. Una mano tibia tocó mi hombro, una voz melodiosa me habló al oído:

—Es hoy, te tienes que ir hoy.

Abrí los ojos lentamente para comprobar mi mayor temor, era la mujer hermosa, mi guía astral.

—Despídete de este mundo porque vas a seguir tu vida normal.

—Pero dijiste que iba a morir.

—Te diste cuenta de que la vida es mejor pensado en los demás y eso es más que suficiente para mí.

—Pues te digo esto: ¡no me voy!, me quedo con la mujer que amo, Mariana, con el hijo que acaba de nacer, que es el hijo de la Revolución y es mío. Voy a morir aquí de viejo, con un montón de nietos.

—Perfecto, esta vida es tuya y tú sabes lo que haces. Lo importante es que cambiaste.

De repente todo se volvió nebuloso, ella regresó a su mundo.

Hoy te cuento esto porque voy a morir, mi vida estuvo llena de carencias, completada con el amor de una mujer magnífica, un hijo como tú, unos nietos como tus hijos.

—Disculpa abuelo pero ya llegó el sacerdote.

—Sí Moisés, dile que pase con papel y pluma.

—En nombre del Padre del Hijo y el Espíritu Santo, hijo mío arrepíentete de tus pecados.

—No padre, sólo le voy a contar cómo viví con la virtud de luchar por los valores y la igualdad, con el honor de haber conocido la verdadera amistad y el amor de una familia, por favor apunte.

—¿Puedo pasar? —era la señorita de recursos humanos, la cual me decía que había ya un candidato con las cualidades y el perfil que requería el puesto de jefe del Banco de Sangre...



Locos
sin
remedio

Marisela
Espino del Castillo
Saviñón

Tercera categoría, segundo lugar



Lunes 9 de agosto

“¡Ya es hora de que te levantes Daniel, se te hace tarde!” Típicas palabras de mi mamá al cinco para las seis de la mañana. Nunca he entendido por qué me levanta tan temprano si yo entro a la escuela a las siete de la mañana. Y lo único que hago al despertar es lavarme la cara, que eso me toma sólo un minuto. Después desayunar, que serían como 10 minutos, y ponerme el uniforme, que eso lo hago como en dos minutos. Me tardo como 13 minutos en estar listo y hago como dos minutos a la escuela.

No entiendo por qué mi mamá insiste en levantarme tan temprano, si felizmente me podría levantar a las 6:45. Pero, pues bueno. Es mi mamá, y creo que nunca va a cambiar esto por más que se lo diga.

Son las seis de la mañana y gracias a mi hermosa madre, ya estoy despierto. Y, como siempre, me quedo en mi cama tratando de volver a dormirme pero nunca lo logro. Me quedo despierto, pensando en lo que haré hoy con los de la banda. Ya casi terminamos nuestro PuRe (Punto de Reunión).

Ya son las 6:45. Exactamente a esa hora comienza a sonar la alarma de mi reloj, porque es la hora en la que yo apenas debería estar despertándome. Pero, pues bueno, para qué volvemos a ese tema sin solución. Me lavo la cara, voy a desayunar... Sí, hot cakes, mi desayuno favorito, e

ideal para empezar la semana. Después regreso a mi cuarto a ponerme el uniforme y ¡listo!, ya vamos para la escuela.

Son las siete de la mañana en punto y, como de costumbre, de la banda sólo hemos llegado Paco y yo, los demás casi siempre llegan ya pasadas las siete. La maestra de arte tampoco ha llegado, eso es lo que más me enoja. Esa maestra nunca llega temprano. Tranquilamente todos podríamos llegar a las ocho y no pasaría absolutamente nada. Y vuelvo a lo mismo de la mañana, ¿no entiendo por qué yo me tengo que levantar a las 5:55!

—¡Hola, soy Mariana! ¿Sabes cuál es el salón 207? Es que es mi primer día y no lo encuentro.

Paco y yo nos quedamos embobados con esa niña, y ninguno de los dos le pudo contestar. Hasta que Paco reaccionó y le contestó:

—Sí, claro, nosotros también vamos para allá, vente.

Pero nosotros realmente no íbamos para ese salón, nos tocaba en el 102. Pero nosotros encantados de acompañarla hasta el 207. Después regresamos al 102. Paco me dijo que iba a pasar al baño antes de meterse al salón, pero realmente iba con Mariana para decirle que, en el primer descanso, él podría enseñarle parte de la escuela. Y no lo culpo, yo también haría lo mismo. Es tan bonita...

Ya llegando al 102, estaban todos los de la banda. Les conté todo lo que había pasado con Mariana, cómo era, etc. Ninguno de los de la banda lo podía creer, era muy raro que en esta escuela hubiera niñas tan bonitas. En los cuatro años que he estado en esta escuela sólo recuerdo a Susy, que se salió el año pasado, y a Laura, que todavía está en nuestro salón pero parece que tiene novio.

En todos los descansos vamos a la cafetería a desayunar, a platicar, a hacer tareas que no hicimos el día anterior, y también a hablar sobre nuestro nuevo proyecto, nuestro PuRe y lo que tenemos que hacer para que sea perfecto. Algunas veces, en nuestras plá-

ticas, se anexan niñas de nuestro salón que quieren entrar a nuestro grupo de LSR (Locos Sin Remedio) y, por más que les decimos que ya estamos completos y que sólo tienen que ser niños con ciertas características, no entienden y siguen insistiendo.

Beto, Juan, Paco, Luis y yo pertenecemos a los LSR. Este grupo lo formamos nosotros hace aproximadamente tres años. Todo esto empezó en sexto de primaria. Nosotros cinco hemos sido siempre los único y originales LSR, no ha habido nadie más. Y desde el principio, una de las principales reglas fue que sólo seríamos nosotros cinco los LSR. Y, definitivamente, no se permiten niñas. Y si alguno de nosotros se llega a salir, ya no habrá LSR. A lo mejor se formaría un nuevo grupo con nuevos integrantes, etc. Pero ya no sería lo mismo.

Los LSR lo que hacemos es reunirnos en las tardes, platicar sobre cualquier tema, hacer una que otra travesura, divertirnos y, pues también, hacer las tareas, ya que Beto y Paco son buenos para física y química; Juan es bueno para literatura, español, etc.; a Luis se le da todo lo relacionado con idiomas, es excelente en inglés, domina muy bien el francés, y un poco de latín; y yo realmente me considero bueno para historia y geografía.

Cuando acabaron las clases, los LSR nos quedamos de ver en la puerta azul de la escuela para irnos al PuRe. Ya estábamos todos, sólo faltaba Paco, que se había quedado platicando con Mariana.

El PuRe es un terreno abandonado que, la banda y yo, decidimos sería el lugar perfecto para formar nuestro punto de reunión. Poco a poco lo hemos ido mejorando, y estamos construyendo una especie de casa. Y esto es lo que hacemos en las tardes, construir nuestro nuevo PuRe, porque antes era la casa de Luis, pero no teníamos tanta privacidad, porque se la pasaban ahí también las amigas de su hermana, incluyendo a Frida, que es la niña más

odiosa y chismosa de toda la escuela. Entonces, por eso, decidimos cambiar nuestro lugar de reunión y construir nuestro propio lugar, y que nadie supiera dónde nos reunimos. Por el momento lo que hacemos es reunirnos lunes, miércoles y viernes por las tardes, saliendo de la escuela, ya que martes, jueves y sábados todos trabajamos para tener dinero para construir el PuRe.

Todos trabajamos en una cafetería: *Lucky Coffee*. Todos ganamos relativamente lo mismo y guardamos el dinero en un pequeño baúl escondido cerca del PuRe y de ahí sacamos dinero para comprar todo lo que necesitamos. *Lucky Coffee*, está muy cerca del PuRe, de la escuela y de nuestras casas, todo está muy cerca.

Ya casi todo está listo, la casita del PuRe, ya está lista. Ya sólo faltan los detalles, como algunos muebles, pintarla, etcétera.

Ya estando en el PuRe, Paco se la pasó platicando sobre Mariana, realmente le gustó, no dejaba de hablar ni de pensar en ella. Yo tampoco podía dejar de pensar en ella, era hermosa. Pero preferí callar y no hartar a los demás de la banda como lo estaba haciendo Paco. Últimamente, de lo único que hablamos es de las niñas y del PuRe, hemos estado decidiendo cómo será este lugar, ya que tiene que ser perfecto porque es donde estaremos casi todo el tiempo y donde nos pondremos de acuerdo para todo, y donde haremos todo lo que solemos hacer.

Luis y Paco querían pintar la casita de azul, pero decidimos que era mejor dejarla de madera y ponerle algunos letreros. Hemos tenido varios desacuerdos, pero siempre tratamos de llegar a algo y que todos estemos conformes con esa decisión. Beto siempre dice que lo mejor en estos casos es votar o, como diría Luis, el *voting time!* Cada quien debe escribir en un papelito lo que quiere y, después, hay que abrirlos y ver lo que se haría, dependiendo de la mayoría. Al haber un empate se haría una especie de debate (*discussion time!*), para

ver los puntos de cada quien y así llegar a un acuerdo. Y así siempre solucionamos los problemas de manera justa para que todos estemos contentos. Creo que somos un grupo muy unido, ya que llevamos mucho tiempo juntos y nunca ha habido problemas graves, siempre tratamos de solucionarlos. Y, aparte de todo, los cinco somos mejores amigos.

Jueves 26 de agosto

—Hola Daniel, ¿cómo estás?

—Hola Mariana, muy bien, gracias. ¿Y tú? ¿Cómo va todo en la escuela? —le contesté feliz, tratando de seguir platicando con ella. Me moría por hablar con ella y saber qué pasaba con Paco y ella.

—Muy bien, todo bien. Gracias.

—Oye y... ¿cómo va todo con Paco? Veo que te gusta y tú a él también.

—¡Ja-ja! No, cómo crees. A mí no me gusta Paco, sólo es mi amigo y me ha estado enseñando la escuela, ya que es muy grande y todavía me pierdo.

—Oh, ya veo... pensé que entre tú y él...

—¡Ja-ja! No, para nada —al escuchar esas palabras de Mariana, no pude evitar tremenda sonrisota.

—Ah, OK... menos mal.

—¿Por qué dices eso?

—No, por nada... ¿y, qué vas a hacer mañana?

—Todavía no sé. ¿Y tú?

—Pues tengo una fiesta con los de la banda, ¿quieres ir conmigo?

—He escuchado que en tu banda sólo admiten a niños, por lo tanto creo que no es bueno que yo vaya.

—Los LSR no aceptamos niñas en nuestra banda, pero sí pode-

mos salir con ellas... entonces qué dices, ¿sí vas?

—No sería mala idea...

—Perfecto, entonces... ¿a qué hora paso por ti?

No puedo creer lo que acaba de pasar: estuve platicando mucho tiempo con la mujer más perfecta del mundo, Mariana. Y lo mejor de todo es que no sólo platicué con ella sino que mañana, ¡saldré con ella! Estoy tan feliz de escuchar de sus propios labios que no tiene nada que ver con Paco... pensé que Mariana quería con Paco y me doy cuenta de que no es así... Hasta hoy, pude platicar bien con Mariana. Desde que entró a la escuela sólo la veía caminando por los pasillos y lo único que me atrevía a decirle era "¡hola!" y "¡adiós!".

Viernes 3 de septiembre

"Ya es hora de que te levantes Daniel, se te hace tarde." De nuevo estas palabras a las 5:55 de la mañana. Sólo que esta vez, no me molestó tanto. No podía dejar de pensar en Mariana y en la fiesta de hoy.

Ya despierto, me quedé acostado en mi cama, pensando en qué me pondría hoy, ya que era un día especial: saldría con la niña más bonita de toda la escuela. Qué digo de toda la escuela, de todo México. Qué digo de todo México, de todo el mundo entero. Es simplemente hermosa y perfecta.

No sabía si ponerme algo para ir a la escuela y cambiarme para la noche o si ya irme cambiado desde la mañana. Me quedé mucho tiempo pensando hasta que decidí que lo mejor era ponerme unos pantalones y algo sencillo y, ya en la noche, arreglarme mejor, con más tiempo y así sorprender a Mariana. O por lo menos tratar de sorprenderla.

Llegué a la escuela y ya estaban todos los de la banda. Empeza-

mos a platicar sobre la fiesta de hoy y quiénes irían, etc. Les dije que había invitado a Mariana y hasta les pregunté que si a nadie le molestaba. Paco me dijo:

—Hasta que te pones las pilas, esa niña se muere por ti y tú ni le hacías caso. Pero qué bueno que por fin te animaste, no te vas a arrepentir, es una buena niña.

Yo quedé sorprendido con las palabras de Paco. Pensé que Paco quería con Mariana, pero me doy cuenta de que realmente eran sólo amigos. Beto, Paco, Juan y Luis estaban contentos de que yo lo estuviera, porque los cuatro sabían que Mariana, desde que entró me había encantado. Decían que se me notaba en mi cara y que era en lo único en lo que pensaba.

Beto, Juan y Luis todavía no tenían la fortuna de conocerla, y por eso estaban también contentos de que, por fin, iban a conocer a la mujer más perfecta del mundo, pero que, claro, sería sólo para mí. Todos íbamos a ir a la fiesta de hoy. Todo estaba perfecto. Quedamos en vernos allá, en la fiesta, a las nueve de la noche.

Ya son las ocho en punto. Me puse mis pantalones favoritos, la camisa que un día me puse en la escuela, cuando Mariana me dijo que me veía muy guapo y que le encantaba esa camisa. Me peiné perfectamente bien, mis chinos quedaron impecables, hasta mi mamá me dijo que me veía muy guapo. Espero que a Mariana también le guste.

Martes 14 de septiembre

A todos los LSR les cayó muy bien Mariana. Desde el día de la fiesta, la consideran su mejor amiga y le cuentan todo, etc. Y ahora, para todo sale en cualquiera de nuestras pláticas.

Siempre a nosotros cinco (Juan, Beto, Luis, Paco y yo) nos ha ido



mal en matemáticas y pues, últimamente, Mariana nos ayuda en nuestras tareas, nos explica, etc. Aunque nuestro grupo de LSR es casi perfecto, a ninguno se le dan las matemáticas tan bien como se le dan a Mariana. Mariana es realmente buena. En el examen mensual, que la mayoría casi reprueba, ella sacó 9.6. Y creo que ni estudió. Mariana es muy inteligente y va muy bien en la escuela, tiene excelentes calificaciones. Lo único que le falla es historia. Por eso casi siempre, cuando se acerca un examen de historia o algo así, yo le ayudo a estudiar y le explico.

Mariana ya sabía perfectamente a qué nos dedicábamos los LSR y todo lo que hacíamos en las tardes, etc. Sólo que, cuando íbamos al PuRe, ella no podía ir ya que no aceptábamos a mujeres y, de hecho, a nadie.

Ya estaba terminado nuestro PuRe, sólo faltaban algunos muebles. Tuvimos muchos problemas durante la construcción y con los detalles de la casita, ya que somos muy malos en las matemáticas. Los que hicieron las cuentas y todo eso fueron Beto y Paco, ya que ellos son buenos en física y química, pero no es lo mismo. Ninguno de los LSR entendemos muy bien las matemáticas.

Saliendo de la escuela, me quedé un rato platicando con Mariana, mientras los demás se adelantaban al PuRe.

Lunes 20 de septiembre

Hoy, como todos los días, me desperté muy temprano. Pero ahora me levanto con más ánimo, me dan más ganas de ir a la escuela. Porque, aparte de ir a ver a los de la banda, también voy a ver a Mariana.

Al llegar a la escuela, saludé muy feliz a Mariana. Estuvimos platicando de lo que hicimos el fin de semana, etcétera. Después, al

toque de la campana, Mariana se metió a su salón y yo al mío.

Como de costumbre, la de arte todos los lunes llega tarde. Entonces me quedé platicando con Luis y empezamos a hablar sobre Mariana. En eso me dijo que el viernes que salimos todos al cine estuvieron platicando los dos, acerca de mí. Mariana le dijo que yo realmente le agradaba, que le caía muy bien y que le gustaba mucho, pero que le daba pena decírmelo. Yo me quedé realmente sorprendido, nunca me esperé eso de Mariana. Sabía que le caía muy bien, pues era mejor amigo de Beto, que era el mejor amigo de Mariana. Pero, igualmente, todos los de la banda eran mejores amigos de Mariana y todos los LSR consideraban a Mariana su mejor amiga, como su hermanita. Todos, excepto yo. Yo la veía de otra forma, me caía muy bien, pero no la veía como mi hermanita, yo quería tener algo más con ella. Realmente me gustaba.

Después del segundo descanso a todos nos entregaron calificaciones bimestrales. Y, como siempre, a todos nos fue muy mal en matemáticas, excepto a Mariana, quien tuvo el mejor examen y, por lo tanto, el mejor promedio. Todos quedamos sorprendidos, sabíamos que Mariana era buena pero no sabíamos que era tan buena para ser la mejor de la generación.

Saliendo de clases, nos quedamos en la cafetería platicando. Le contamos a Mariana que se nos habían perdido 200 pesos de nuestra pequeña cajita donde guardábamos todos nuestros ahorros y que la semana pasada gastamos aproximadamente 150 pesos en tonterías. Mariana se ofreció a cuidarnos y administrar nuestra cajita con todo nuestro dinero; igualmente dijo que se iba a meter a trabajar a *Lucky Coffee* con nosotros para también poner sus ganancias.

Todos nos quedamos sorprendidos con su oferta, por así llamar-

la de alguna manera. En ese instante, todos nos volteamos a ver y no sabíamos qué hacer, ya que todos sabíamos que aceptar lo que Mariana nos proponía sería como aceptarla en nuestra banda. Y, aunque a nadie le afectaba, porque era mejor amiga de todos, y a mí en lo personal me encantaba, todos sabíamos que no lo podíamos permitir ya que los LSR sólo tienen que ser hombres.

—Gracias, pero la verdad no sabemos qué responderte. Sabes que pertenecemos a una banda desde hace aproximadamente tres años y siempre nosotros, sólo los LSR, nos hemos hecho responsables de todo lo que sucede con esta banda —dijo Luis.

—Sí, en serio, muchas gracias. Sabemos que lo haces para ayudarnos, y de alguna forma pasar más tiempo con nosotros. A nosotros también nos gustaría pasar más tiempo contigo —dijo Beto.

—Sí, los entiendo perfectamente. No se preocupen, mejor plátiquenlo y después me dicen en qué quedaron. Y no se preocupen, no me voy a enojar por la decisión que tomen. Siempre serán mis mejores amigos —dijo Mariana.

—Gracias Mariana, nosotros ya nos vamos. Vamos al PuRe, nos vemos mañana, ¿sí? Cuídate, te queremos.

—Sí Daniel, nos vemos mañana. Yo también los quiero, ¡bye!

Ya llegando al *PuRe*, ya estando todos sentados, nos quedamos todos callados viéndonos las caras, sin decir nada. Todos pensábamos en Mariana, pero nadie decía nada hasta que Paco dijo:

—Yo creo que deberías considerar lo que Mariana nos propuso, todos somos pésimos cuidando el dinero, haciendo cuentas, etc. Entonces creo que Mariana realmente nos ayudaría.

—Sí, ya sé. Pero en esta banda no se aceptan mujeres, y menos si algún integrante tiene que ver algo con ella, ¿no es así, Daniel? —dijo Luis.

—Lo sé, pero creo que tiene razón Paco. Aparte a todos nos cae



muy bien Mariana ,y creo que no sería mala idea aceptarla –lo dije tratando de defender mi posición y tratando de convencer a los demás LSR.

—Sé que todos queremos mucho a Mariana, pero hemos estado tres años consecutivos juntos, como mejores amigos. Nunca nos hemos defraudado los unos a los otros, nos la hemos pasado increíble, y nunca hemos necesitado de una mujer –dijo Beto.

—Yo estoy de acuerdo con Beto, creo que nunca nos ha hecho falta una mujer. Y tal vez con una mujer en el grupo, tendríamos más problemas. No podríamos tener tantas libertades, etc. –dijo Juan.

—Pero no sé, pues también se trata de Mariana, no es una desconocida. Hemos estado con ella ya algunos meses y se ha vuelto nuestra mejor amiga, y la conocemos y nos conoce muy bien –dijo Luis.

No sabíamos qué hacer. Por un lado, todos queríamos que sí entrara, pero, por otro lado, no queríamos. Pensábamos que nos podría traer más problemas. Así que, al día siguiente, le dijimos a Mariana la verdad: que todavía no sabíamos realmente qué hacer, que habíamos quedado en conocerla un poquito más.

Martes 28 de septiembre

Ya ha pasado toda una semana y todos los días, a todas horas, nos la hemos pasado pensando en qué hacer con Mariana. Todos queremos que entre a la banda y que forme parte de los LSR, pero una de las principales reglas es: “No se admiten niñas”. Entonces no sabíamos qué hacer. Desde la semana pasada, todos los LSR quedamos en pensar qué sería lo mejor para nosotros. Dejar entrar a Mariana o no. Quedamos en que el 30 de septiembre, en dos días, ya

tendríamos que tener nuestra decisión para que el primero de octubre se la dijéramos a Mariana.

Jueves 30 de septiembre

Hoy es el día. Hoy, a la hora de la salida, nos iríamos directo al PuRe a ver cuál sería nuestra decisión final. Todos pedimos el día libre en *Lucky Coffee* para tener suficiente tiempo para llegar todos a un acuerdo.

A lo mejor todos piensan que es mucho relajo para simplemente decidir si aceptar a Mariana o no. Pero lo que pasa es que esta banda es muy importante para todos nosotros y queremos lo mejor para todos. Entonces, por eso, es una decisión muy difícil. Y más para mí, que estoy perdidamente enamorado de Mariana. No me gustaría verla triste, por ninguna razón.

Saliendo de la escuela, todos nos fuimos directito al PuRe. ¡Es *voting time!*

Lo que hicimos fue escribir cada quien en un papelito “sí” o “no”, dependiendo si queríamos o no que Mariana ingresara a la banda. Cada quien escribió lo que quería en el papelito, cada quien dobló su papelito y lo colocó en su respectiva mesa, sin tocarlo. Después, cada uno dio sus opiniones acerca de Mariana, ¡era *discussion time!* Hablamos de lo bueno y lo malo que opinaba cada quien sobre Mariana, de por qué Mariana debería ser aceptada en el grupo y por qué no.

Al terminar esta ronda de opiniones, cada quien tomaría otro papelito y escribiría de nuevo “sí” o “no”, dependiendo de si querían que ella entrara. Cuando todos acabamos, Juan fue abriendo los papelitos y los resultados quedaron así:

Beto	No	Sí
Paco	No	Sí
Daniel	Sí	Sí
Luis	Sí	Sí
Juan	No	Sí

Viendo los resultados sabemos que todos, a fin de cuentas, queremos que Mariana entre al grupo. Todos pensamos que será una buena ayuda para todos. Y así ya no tendremos más problemas con el dinero. Y lo mejor de todo, es que ahora estaré más tiempo con ella.

Viernes primero de octubre

Son las 5:55 de la mañana. Mi mamá no ha venido a levantarme, pero yo ya estoy más que despierto. Estoy realmente emocionado por los resultados de ayer, pensé que no la aceptarían. Sé que Mariana se pondrá muy feliz. A ella le encanta todo eso de hacer cuentas, cuidar el dinero, etc. Y creo que se la pasará muy bien con nosotros en el PuRe, ya que muchas de las ideas que ahora tiene la casita fueron de ella.

Todos los LSR nos pusimos de acuerdo para llegar antes que Mariana. Paco le compró un pastel. Luis y Juan le hicieron un letrero que decía:

“¡¡Bienvenida!!, te queremos. Atte., los LSR”

Beto y yo nos encargamos de su regalo. Era un delfín enorme, su animal favorito, una calculadora con la foto de los seis, y unos chocolates.

Mariana, al llegar al salón, se quedó sin palabras, no lo podía creer. Corrió a abrazarnos a los cinco, gritando: “¡Gracias amigos, los adoro!, pensé que no me aceptarían, no los defraudaré”.

Miércoles 6 de octubre

—¡Hola Mariana! ¿Cómo estás?

—Hola Daniel! Muy bien, ¿y tú?

—Bien, gracias... Mariana toma, es para ti –se lo dije al mismo tiempo que le daba una almohada en forma de estrella.

—Gracias Daniel, está hermosa. ¿Pero, por qué?

—Es que, Mariana... quería ver... si tú... ¿quieres ser mi novia?

—....



Fideo
SECO

Juan
Manuel
Rivero

Tercera categoría, tercer lugar



Ayer lo decidimos. Vamos a construir una guarida, nuestro club, un lugar donde podamos platicar de lo que sea y hacer lo que queramos. No se admiten adultos, niñas tal vez sí, aún no lo hemos decidido.

Lo vamos a construir en el terreno baldío, ese que está al lado de la dulcería de don Charlie. Don Charlie es buena gente, siempre nos regala alguna paleta o un chicle cuando lo vamos a saludar. También nos cuenta historias. Fue ferrocarrilero 31 años, seis meses, dos semanas y cuatro días, así nos dice. La mitad de las cosas que cuenta no las entiendo. Pero me gusta escucharlas. Nos cuenta de sus viajes por el país, de las personas que conoció, de los pueblos y ciudades que visitó, de la comida que probó y de las mujeres que sedujo. La verdad es que no sé qué significa “seducir”, pero ha de ser algo bueno, porque cada vez que lo dice, sonrío.

Luego nos anda diciendo los nombres de las locomotoras. Varios me hacen reír, en especial el de “María Félix”. ¿Se imaginan a María Félix jalando un tren? Suena divertido.

A Luis no le gustan sus historias, dice que son irracionales. La verdad yo prefiero una historia irracional divertida, que una racional aburrida; al fin ¿qué sería de la vida sin imaginación?

Le pregunté una vez a don Charlie, por qué había renunciado a su trabajo. A mí me parece que

debía ser maravilloso. Viajas gratis todo el tiempo. Me encanta viajar. Él me contestó que no había renunciado, se había jubilado, que si por él hubiera sido, se habría quedado otros 30 años más, decía que amaba su trabajo. Se le soltó una lágrima por la mejilla que se hundió en el suelo. No sé qué significa jubilarse, pero parece que te obligan a dejar de trabajar. La verdad no entiendo, primero vas a la escuela y no quieres trabajar, luego consigues un empleo y no quieres dejar de trabajar.

Luego, otro día, le pregunté:

—¿Por qué puso una dulcería?

—Me gusta vender dulces —me decía sonriente—. Cuando veía a los vendedores de confiterías pasar por el pasillo del vagón, y miraba cómo los niños se amontonaban emocionados para conseguir una Alegría, o una Gloria, pensaba: “Cuando me jubile, voy a poner una dulcería”. Me gusta venderles a los niños, parece que son los únicos que pueden ser felices.

—Pero usted es feliz —le dije.

—Sí —me dijo, y puso su mano sobre mi hombro—, porque tengo corazón de niño. Nunca pierdas el espíritu de la infancia, Rubén.

Le prometí que no lo haría.



Hemos estado ocupados armando la casa y todo eso. Ya quedó el primer piso, no estamos seguros de si haremos un segundo. Nos podría servir para guardar víveres, uno nunca sabe cuándo podrá necesitarlos. Hemos escrito el reglamento, todo ha quedado en orden. Hubo algunos descontentos sobre la admisión a niñas; Enrique fue el que más se quejó, pero al final se aceptó la propuesta.



Ahora sólo falta que elijamos al presidente del club.

Ya lo hemos elegido.

Al principio querían decidirlo con una competencia pero, la verdad, no creo que el que logre hacer más patitos con una piedra en el lago sea el indicado para dirigir la guarida. Propuse votar por el presidente. Alfredo y Enrique no querían, son los que avientan más duro las piedras.

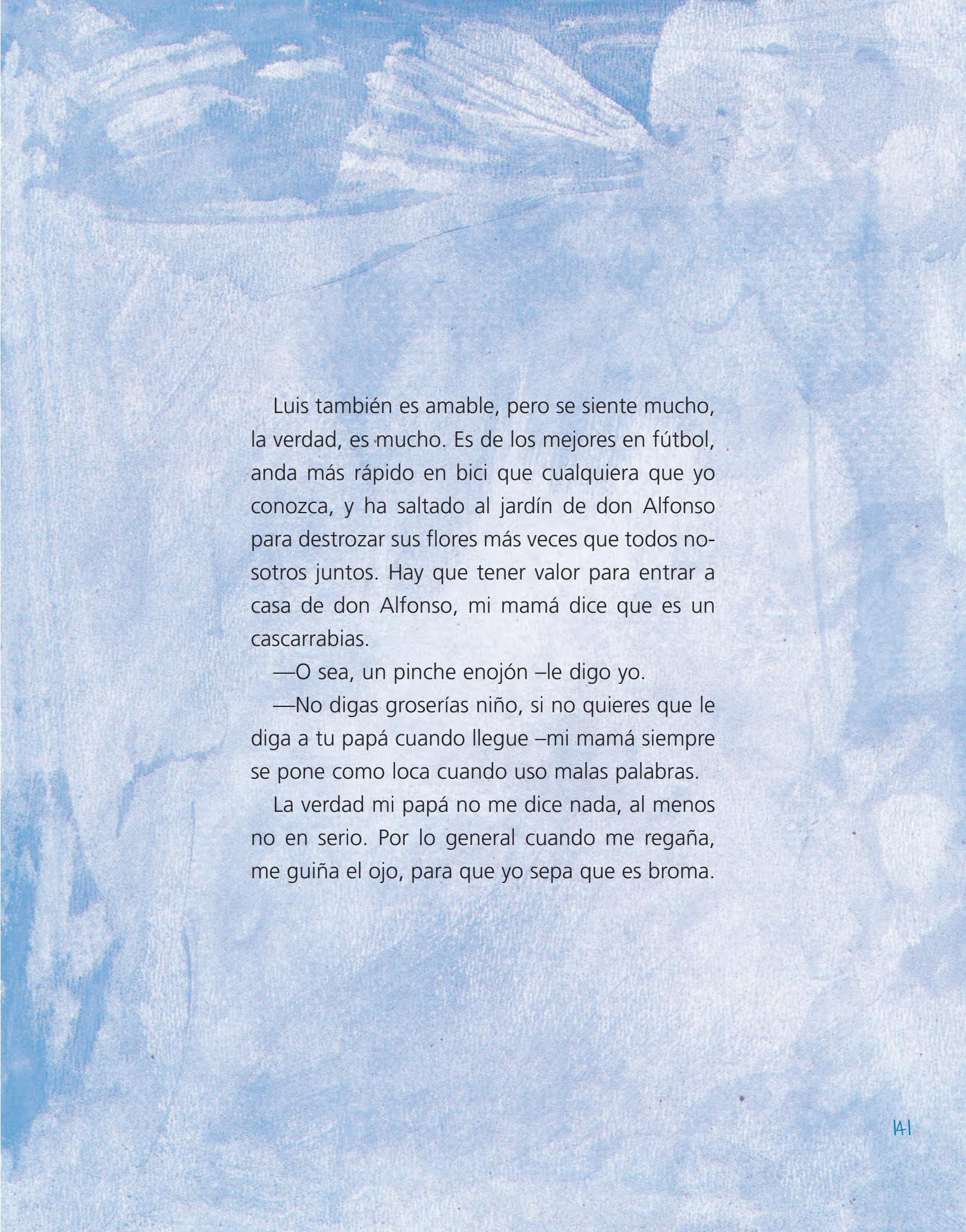
Quisimos votar como nos platicó la maestra, así como si fueran las elecciones. No entiendo eso de las elecciones, le pregunté un día a mi papá y me contestó un montón de cosas que no comprendí.

Al final todos queríamos ser presidentes, pero nos dimos cuenta de que si todos votábamos por nosotros mismos, nadie iba a ganar, y es mejor que haya alguien –aunque no sea yo–, a que no haya jefe. Al menos eso pienso.

Al final terminamos con dos opciones: Miguel y Luis.

Miguel es el que saca mejores calificaciones de todo el grupo, dicen que es un matado. No logro entender qué tiene que ver matarse con estudiar.

Además de aplicado, tiene unas ideas muy buenas para el club, y sabe mucho de carpintería. Su abuelo era ebanista, así nos dice, ebanista, que según él, es como carpintería pero más fina. Yo, la verdad, no sé. De cualquier forma, sabe cómo hacer las cosas y es amable.



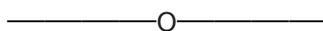
Luis también es amable, pero se siente mucho, la verdad, es mucho. Es de los mejores en fútbol, anda más rápido en bici que cualquiera que yo conozca, y ha saltado al jardín de don Alfonso para destrozar sus flores más veces que todos nosotros juntos. Hay que tener valor para entrar a casa de don Alfonso, mi mamá dice que es un cascarrabias.

—O sea, un pinche enojón –le digo yo.

—No digas groserías niño, si no quieres que le diga a tu papá cuando llegue –mi mamá siempre se pone como loca cuando uso malas palabras.

La verdad mi papá no me dice nada, al menos no en serio. Por lo general cuando me regaña, me guiña el ojo, para que yo sepa que es broma.

Claro que la vez que nos agarró fumando a mí y a mi hermano Jorge, sí que se enojó. Pero fue culpa de él, de Jorge, insistió en que lo probara. Ni me gustó, sabe horrible, es como chupar una moneda. No entiendo cómo los adultos fuman tanto; ha de ser como la cerveza, también sabe horrible, y les encanta. Los adultos son raros. Don Carlos tiene razón, hay que conservar el corazón de niño.



Hasta ahora somos siete en el club: Luis, Alfredo, Enrique, Miguel, Francisco, Omar y yo. Alfredo y Enrique votaron por Luis; Francisco y Omar, por Miguel. Falto yo. Se siente extraño tener que tomar una decisión así. Se podría decir que de mí depende quién gane.

Les dije que me dieran tiempo para pensarlo.

Los del bando de Luis dicen que él sería mejor, porque es el más valiente y no tendría miedo de pelear contra los chicos del otro barrio, esos que siempre nos andan molestando.

Del lado de Miguel, dicen que él es el más inteligente y podría construir una barda que protegiera la guarida de los bombardeos de pedradas.

Yo no sé, para mí ambos argumentos son igual de válidos.

La verdad no me gusta esto de que la pandilla esté dividida en bandos. Les dije que mejor nos

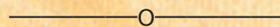


olvidáramos de todo, que no era tan importante como para separarnos, pero ellos me dijeron que si yo había dado la idea, ahora no podía sugerir olvidarnos de ella. Además ya todo estaba por terminar, sólo faltaba mi voto. Les dije que se los diría al día siguiente. Aceptaron.

Ese día, hicieron fideo seco. Me encanta el fideo seco; después de la milanesa de pollo, es mi comida favorita. Estábamos comiendo cuando le pregunté a mi papá quién era el líder de la familia. Él me dijo que no era uno solo, que él y mi mamá, por ser los papás, eran los líderes. Aunque me dijo que más que ser líderes, eran guías.

Ahí fue cuando me di cuenta por quien debía votar. No por un líder, sino por un guía, alguien que pudiera mantener las cosas en orden y solucionar los problemas, pero sin estar arriba de los demás. Alguien igualitario.

Al día siguiente Miguel se volvió el presidente del club. Luis aceptó la derrota con dignidad. La verdad Luis no habría sido mala opción, pero es demasiado presumido para ser un guía. Y Miguel vaya que fue uno bueno. Un verdadero presidente.



Ayer terminamos el segundo piso, don Charlie nos ayudó. Ahora sí cabemos más. Podemos poner nuestras mochilas arriba, ya no hay estorbos en la parte de abajo.

Fuimos a celebrar a la dulcería.

Ahora don Charlie, además de dulces, vende unas malteadas que están buenísimas. Dijo que eran cortesía de la casa.

Mientras me bebía rápidamente una de vainilla, pude ver cómo me sonreía.

De verdad él jamás perdió el espíritu de la infancia.

Cuentos de niños para niños terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280 México D.F., en diciembre de 2005. La corrección de estilo fue hecha por Mónica Brozon y Luz María Chapela, integrantes del jurado calificador. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibarguen, técnica especializada "A". El tiraje fue de 2 mil ejemplares impresos en papel bond de 120 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Curlz, Frutiger y Kidstuff.